

BOLSILIBROS
BRUGUERA
POLICIACA
SERIE
SERVICIO SECRETO

perro rabioso con diploma

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

PERRO RABIOSO CON DIPLOMA

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.242

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 8.862 - 1974
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: mayo, 1974

© Silver Kane - 1974
Texto

© Enrique Martín - 1974
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319 - El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.217 - Buen viaje mister Kissinger.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736 - Infierno, capital: Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 - Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014 - Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 - Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

697 - Especialista de ataúdes.

En Colección COLORADO:

637 - Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 - Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

594 - Entierro para un *gangster*.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

227 - Estrella negra.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78 - Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15 - Un "Colt", una mujer y un diablo.

CAPÍTULO PRIMERO

No sé si ustedes me han oído mencionar, antes de hoy. No sé si habían oído mi nombre, el nombre de Bill Kassel, el perro rabioso más condecorado de Nueva York.

En el caso de que me hayan oído nombrar, peor para ustedes. Señal de que han estado en sitios nauseabundos. Señal de que se han visto metidos en tejemanejes tan turbios, que más de una vez habrán necesitado ir a lavarse la cara con el revólver bajo la solapa. A mí sólo se me conoce en los bajos fondos, en las habitaciones que huelen mal, en los tribunales de justicia y en las funerarias más acreditadas de los Estados Unidos.

Pero, para los que tengan la suerte de no conocerme aún, les dirá quién soy. Ahí va mi tarjeta de visita: «Billy Kassel, detective privado». Ahí va mi dirección: «826 de Worcester Avenue, cerca de Jamaica Bay, en Nueva York». Perdón, me he equivocado: durante bastante tiempo mi dirección fue: «celda 1109. Cuarta galería. Sing-Sing». Ahí va el estado de mi cuenta corriente: catorce dólares en números rojos, es decir, que los debo al Banco. Soy un tipo de los que, cuando pasan por una acera, la gente se va a la otra. Si alguna vez vienen a verme, no olviden traerme comida para los leones.

¿Ustedes saben por qué me metieron en Sing-Sing?

Bueno, no tienen por qué saberlo. Yo estaba en la Brigada de Homicidios de Nueva York, un sitio encantador y selecto, ustedes ya saben. Allí vestimos correctamente, no probamos el alcohol y cantamos salmos cada mañana. Sólo se admite a gente educada en Oxford, ya pueden imaginarlo. Cada vez que entra un criminal le informamos amablemente acerca de sus derechos civiles; cada vez que entra una sorra (perdón, una señora) a la que se ha pescado vendiendo mandanga en la esquina norte de Times Square, le hablamos del tiempo que hace y le leemos algunos versos de Milton.

No había sitio más placido que la Brigada de Homicidios en mis tiempos, puedo asegurárselo a ustedes. Para un carácter tranquilo como el mío, con el trabajo ideal. Entre el sargento Coney y yo lo teníamos todo a punto. El sargento Coney había disputado cierta vez el campeonato mundial de los grandes pesos, mientras que yo, el sargento Kassel, era cinturón negro de judo. Los alaridos de miedo que se oían cuando nosotros entrábamos en las celdas, debían llegar hasta los últimos rincones de la ciudad. Por eso ni el sargento Coney ni yo entrábamos en las celdas cuando había función de ópera en el Metropolitan, porque la gente que ha pagado su entrada tiene derecho a que no la molesten con ruidos extraños.

Algún ojo hundimos, todo hay que decirlo, y alguna costilla cambiamos de sitio, todo hay que decirlo también. Pero sabíamos dónde metíamos el puño y jamás le dimos a un inocente. Además, en aquella brigada donde el *whisky* tenía que sernos servido en barcos petroleros, donde los detenidos vomitaban sobre las mesas, donde uno daba recuerdos a la madre del vecino cada diez palabras, donde la mitad de la gente no sabía quién era su padre, no podía andarse con guante blanco. La chusma de Nueva York es la chusma más endurecida, maloliente, pútrida y abyecta del planeta. Coney y yo la tratábamos a modo, hacíamos puntería con un salivazo a veinte pasos de distancia, nos tragábamos los cigarrillos encendidos, partíamos las mesas de un puñetazo (si entre el puño y la mesa había alguien, peor para él) y éramos, en fin, unos funcionarios que estaban haciendo una brillante carrera. Hasta que ocurrió lo de los sioux.

Quizá sin lo de los sioux, yo sería ahora comisario jefe.

Pero, en fin, tampoco lamento no serlo.

Ustedes no deben saber qué clase de cochina banda se escondía tras ese nombre. Eran unos doce, todos ellos expertos ladrones de coches y todos ellos, también, hábiles artistas con la navaja. Habían actuado primero en Queens, donde cometieron fechorías más o menos pequeñas. No ocurrió gran cosa. Nadie les enchironó cuando aún era tiempo. Luego se trasladaron a mi distrito. Su nombre de guerra, los sioux, empezó a hacerse famoso por las calles negras a partir de las diez de la noche.

Rajaron a un amigo. Me aguanté.

Cuando el amigo salió del hospital arrastrando una pierna, los

angelitos ya habían incendiado una docena de coches, atracado cinco o seis tiendas y ultrajado a no sé cuántas chicas. Coney y yo les echamos el guante. Cayeron los doce.

Los tratamos con toda amabilidad. Todo fueron finuras. A cada nuevo guantazo ellos invocaban no sé qué de la Constitución de los Estados Unidos, pero no sé si llegamos a entenderles. A veces soy un poco duro de oído. Y no digamos Coney: a Coney le dijeron cierta vez, en secreto, quién era su padre y no se enteró. Aún lo busca, aunque creo que será mejor que no le encuentre. Entre los dos les arrancamos una confesión completa, unas cuantas muelas y unas cuantas cejas. Cuando los metimos en el coche celular para llevarlos ante el fiscal del distrito, no les quedaba ni ropa. Coney le dio a uno su pañuelo para que se tapara no sé qué sitio. Coney es a veces tan caritativo, tan buen chico, que acabará mal.

Les endilgaron doce años. Respiramos tranquilos, porque al fin habría paz en el distrito.

—Pero, al cabo de año y medio, la mitad de ellos ya estaban fuera por «buena conducta». Me dijeron que en la cárcel eran la mar de buenos chicos. Que limpiaban con la lengua todo lo que les ponían por delante. Que se habían hecho donadores de sangre. Que sacaban brillo a las rejas con un cepillo de dientes.

No llevaban ni dos semanas en libertad, cuando tres de ellos ultrajaron a una muchacha de diecisiete años que luego murió en el hospital. Ya les he dicho que la chusma de Nueva York es la más pútrida que existe. Intentaron huir de la ciudad, pero Coney y yo les recibimos con los brazos abiertos. Los cazamos cerca de Baltimore, es decir, fuera de nuestra jurisdicción. Los metimos en el maletero del coche. Uno de ellos ya estaba tan agonizante cuando llegamos a Nueva York, que tuvimos que dejarlo en el hospital. Le ayudó la suerte. Al menos salvó el pellejo y creo que aún colea por el distrito del Bronx, pero cuando ve el maletero de un coche se marea. No me lo he vuelto a echar a las narices nunca más, pero cuando me lo eche a las narices... ¡Madre mía, esta vez lo hago entrar en el depósito de gasolina con zapatos y todo...!

Con los otros dos, la cosa fue algo complicada. No querían confesar. Unos tíos que están en libertad bajo palabra y asesinan salvajemente a una chica, se exponen a ir al pasillo de los condenados a muerte. Y aunque ahora la pena de muerte esté en

suspenso en todo el país, no creo que nadie vaya a ese pasillo a curarse una tuberculosis.

No sé si se me fue la mano a mí o se le fue la mano a Coney. Tampoco sé cuál de los dos la palmó. La memoria me falla a veces en esos pequeños detalles, lo cual no deja de ser una lata. El caso fue que entregamos al fiscal del distrito a uno de ellos, con una confesión y sin dentadura; al otro lo entregamos sin confesión y sin vida. Coney, siempre tan buen chico, lo transportó sentándolo a su lado en el coche patrullero. De vez en cuando yo lo sostenía por detrás porque se nos caía sobre el cambio de marchas.

Coney me dijo que tuviéramos cuidado, porque podíamos tener un accidente y el tipo aquel podía hacerse daño.

En fin, quizá ustedes habrán leído los periódicos y se habrán enterado ya de todo aquello. El lío fue de aúpa. Lo de Watergate quedó pequeño al lado de lo nuestro. Durante unas semanas fuimos más populares que Nixon, y hasta se habló de darnos la Medalla del Congreso. Una medalla de plomo de cien kilos con la cual nos echarían al río Potomac mientras una banda de *boy-scouts* interpretaba el *Dios salvo a América*.

Reconozco que soy una figura ligeramente indeseable. Ya no hablo de Coney, sino de mí. Había secuestrado a tres hombres fuera de mi jurisdicción; los había trasladado desde Baltimore, en condiciones inhumanas, dentro del maletero de un coche; había liquidado a uno. Todo eso son delitos suficientes como para que a uno le echen a patadas fuera de la Brigada de Homicidios. Yo sabía a lo que me exponía. Pero les juro que no creía en los tribunales, ni en la libertad bajo palabra, ni en carantoñas parecidas. Sólo creía en que a tipos de esa clase hay que darles un escarmiento ejemplar. Y palabra que se lo dimos. Si ustedes se enteran de que William Haynes, Fred Murray o Peter Gost han ultrajado a otra chica, no dejen de avisarme. Seguro que no tocan un dedo a nadie más. Ah, perdón. He mencionado a Peter Gost y olvidaba que es el mejor de todos. Es el que está muerto.

Cuando los otros sioux salieron de la cárcel, se enteraron de lo que les había ocurrido a sus amigos y decidieron llevar una vida ejemplar. Ninguno de ellos ha vuelto a cometer un delito. Ninguno de ellos se ha descarriado. Bueno, sí, se descarrió uno, que con el tiempo llegó a hacerse policía.

A Coney y a mí nos echaron de la brigada, tras una breve temporada de cárcel. También salí por buena conducta. Cierta noche le pateé las tripas al director, pero el hombre fue un caballero y no lo dijo. Contó que se había caído desde un segundo piso.

A consecuencia de todo eso, me tuve que establecer como detective privado. Ahora ya saben ustedes quién soy yo, Billy Kassel, siempre a su servicio. Si se desinfectan debidamente luego, pueden venir a mi despacho, situado en la Avenida Doce, y en el cual entrarán cómodamente tras apartar a todos los borrachos que duermen en mi puerta. No lo olviden. Si su mujer les engaña y no tienen miedo de que luego les engañe conmigo, vengan a verme; si han extraviado a su perro y no tienen miedo de que yo le muerda, hágame una visita y se lo buscaré con mucho gusto; si un vecino les ha amenazado, no tienen más que señalarme el cubo de la basura en que quieran que lo deposite; si un *gang* les quiere cobrar una cuota por defender su tienda, ustedes me avisan y al día siguiente tendrán las cabezas de los miembros del gang en el escaparate. Lo único que puede pasar es que quizá entonces la cuota se la cobre yo, pero ésos son detalles de los que no vale la pena hacer publicidad ahora. Los discutiríamos usted y yo en mi despacho.

Puesto que ya me conocen, puesto que ya saben quién es Billy Kassel, invítenme a comer cualquier día. Les aseguro que me hace falta. Pero mientras tanto quizá pueda contarles lo que ocurrió con el atraco al avión de la Pan American. Síguenme unos minutos más en este relato, si no les molesta. Les aseguro que vale la pena.

CAPÍTULO II

Cada mañana, si no había trabajo en mi oficina (nunca lo había), yo me dejaba caer por el aeropuerto Kennedy, en Queens. Los aeropuertos, ya lo saben ustedes, son unos sitios pistonudos para hacer pasta larga. Allí hay personas que necesitan protección, tíos a quienes les roban la cartera, señoras a quienes les soban la retaguardia, niños que se pierden y maletas de aspecto incalificable en las que se ocultan drogas y armas. Mil posibilidades de trabajo para un detective de mente lista y de mano larga. Es muy triste tener que ganarse el pan así, pero cuando uno no sabe qué hacer, algo hay que inventarse. Les aseguro que cada día me saco de cuarenta a sesenta dólares cazando a los rateros que se han llevado bolsos y a los sobones que por poco se llevan un corsé. La policía me conoce y me deja actuar allí, puesto que al fin y al cabo les ahorro trabajo a todos.

Aquella mañana, como de costumbre, me metí en la terminal de la Pan American. La gente fue muy amable conmigo también como de costumbre. El gerente de uno de los bares me dijo que le debía ya treinta dólares y me enseñó una lista de prostitutas llevadas con heridas al hospital después de una riña, preguntándome amablemente cuál de ellas era mi madre. El sargento Connor que estaba de servicio en la terminal de equipajes, tuvo una arcada al verme y se metió enseguida en el servicio. El jefe de la oficina de información me quiso devolver un mazo de naipes marcados que yo le había vendido. El fotógrafo de una agencia de viajes me regaló una foto mía con un pie que decía: «Perdido este perro caniche. Agradeceré devolución». Por fin, uno de los jefes de vuelo me preguntó dónde estaban las medias color humo de su mujer, como si por el hecho de habérmela llevado un par de semanas a un chalet alquilado en Coney Island yo tuviera que saber eso.

En fin, ya ven ustedes que la gente me quería. Daba gusto

trabajar en un sitio así, ganarse el pan en un ambiente tan honrado, tan selecto. Soy un sentimental. A veces aquello me recordaba tanto el sano ambiente de la Brigada de Homicidios, que me venían hasta lágrimas a los ojos.

Como tantas otras mañanas, me detuve ante la gran pizarra electrónica donde se anunciaban los vuelos de la compañía. El simple viajero, aunque pase varias veces al año por los aeropuertos, no llega a saber nunca la enorme cantidad de trabajo que hay allí. La enorme cantidad de detalles que las compañías tienen que cuidar. La extraordinaria fauna humana que se mueve en esas Babel del siglo xx, donde se juntan desde el predicador que va a África y el sabio distraído, hasta el terrorista árabe o japonés y el más redomado asesino que va anotando en una agenda los horarios para el crimen.

Yo había visto muchas cosas en el Kennedy, quizá demasiadas, pero jamás lo que ocurrió aquella mañana.

Me explicaré.

Tenía el ojo echado a un avión que llegaba desde Karawatt, en el lejano golfo Pérsico. Los aviones de aquella zona siempre ofrecen grandes posibilidades de ganar pasta. Ustedes digan lo que quieran, pero no llega jeque del petróleo a los Estados Unidos sin traerse al menos diez mujeres que le ayuden a soportar su triste vida. También trae hombres que le protejan, pero como éstos suelen andar despistados, aceptan de buen grado la ayuda de un profesional como yo, aunque cobre dinero largo. Yo he metido buenos zarpazos por ese lado, aunque también haya tenido mis disgustillos. Cierta vez, las diez mujeres de un jeque se enamoraron de mí. Yo decidí portarme como un hombre honrado, porque el deber es ante todo. No saben ustedes el trabajo que tuve para librarme de nueve.

Pensaba que en el avión que llegaba de Karawatt, podían llegarme a mí unos cuantos pavos. Observé sus evoluciones mientras se disponía a tomar tierra. Lo hizo medio minuto después que un «727» que llegaba de Ginebra.

Y entonces empezó todo.

Fue como una serie de chispazos.

Como una película tan rápida y tan sorprendente, que mis ojos no llegaron a captar bien las primeras imágenes.

De pronto vi aparecer aquel *jeep en la pista*.

¿De dónde diablos salía?

Un coche de servicio, salvo en casos de alarma general, puede acercarse a las pistas auxiliares, pero jamás a las de llegada, porque originaría una catástrofe. Y eso era lo que parecía querer aquel pequeño *jeep*. *Noté que a bordo iban cuatro hombres*.

El hecho me llamó la atención.

Recuerdo que, incluso, me puse de puntillas, con las facciones contraídas, para poder ver mejor.

Pero de momento no podía hacer nada.

Todos los hombres que estaban de servicio en las pistas también se pusieron en situación de alerta, y hasta un patrullero de la policía hizo sonar su sirena. Pero ninguno de nosotros imaginaba lo que iba a ocurrir. Nadie pensaba en aquella matanza.

El jeep se acercó velozmente al avión que llegaba de Ginebra y que ya se disponía a colocarse en pista auxiliar. Con una maniobra casi suicida, el conductor se situó materialmente bajo el morro. Durante unos segundos que a todos nos parecieron interminables, corrió debajo de él, como un polluelo que corriera bajo el vientre de la gallina madre.

Y entonces ocurrió «aquello». Vi algo parecido a dos pildoritas pequeñas que partían del *jeep*. *No me di cuenta, por el momento, de que eran dos disparos hechos con un fusil lanzagranadas.*

Los artefactos fueron colocados con una precisión asombrosa. Rompieron los cristales de la cabina del avión, entraron en ésta y produjeron dos explosiones horribles. Lo que sucedió después lo recuerdo como una sinfonía macabra de ruido, de humo, de muerte y de sangre.

Palto de control, el avión se salió de la pista. Dio un bandazo increíble y el ala izquierda tocó el suelo. Parece mentira la fuerza de inercia que tiene aún un bicho de éstos cuando todavía no ha parado del todo. Él salto que pegó me pareció espantoso. Y más espantoso me pareció aún que el incendio se extendiera por él, como por encima de un montón de yesca.

Creo que lancé un grito.

No lo sé.

En mi vida he visto muchas tragedias y mucha gente panza arriba. Demasiada. Pero tostarse vivos a casi cien pasajeros, es un plato que aún no he logrado digerir.

Mientras tanto, los del jeep, con una habilidad admirable, ya habían huido de las cercanías del aparato. Salieron de la pista y volvieron a ella. Así la tenían completamente bloqueada, mientras venía rugiendo, y a enorme velocidad, el avión procedente de Karawatt.

He de reconocer que aquellos cuatro tipos se la jugaban.

La precisión de su técnica era admirable.

Corrieron a gran velocidad delante del avión que llegaba, apuntándole con el fusil lanzagranadas. El piloto, que había visto perfectamente lo que pasaba con el aparato anterior, supo hasta qué punto se la estaba jugando, él también. De modo que frenó con toda la fuerza que le fue posible, empleando no sólo los frenos de aire, sino toda la potencia de inversión de sus reactores.

Consiguió evitar un choque con el avión que estaba incendiándose.

Aquélla hubiera sido una de las tragedias más espectaculares y más sangrientas que se recordaban en los Estados Unidos.

Los cuatro hombres del jeep se situaron, entonces, debajo del morro. Uno de ellos hizo señas al piloto jefe para que hiciese bajar la escalera que daba al departamento de primera clase. Otro permaneció atento al volante. Un tercero se mantuvo con el fusil lanzagranadas a punto. Por fin el cuarto tomó algo que me pareció un megáfono eléctrico.

Yo tengo vista de halcón.

Pónganme ustedes en Washington y pregúntenme de qué color lleva las medias una chica guapa que pase por Addis Abeba.

Les juro que se lo digo.

Ahora, con todos los nervios en tensión, distinguí también la forma de repartirse el trabajo que tenían los cuatro hombres, y, en especial, me di cuenta de que él del megáfono nos iba a largar un mensaje. También me di cuenta exacta de la situación, como si la viera dibujada en un croquis.

La pista de aterrizaje estaba bloqueada. Nadie podía acercarse por un lado, porque estaba el avión convertido en una pira; ni por otro, porque el avión procedente de Karawatt también tapaba la pista.

Supongo que los de la torre de control debían estar locos.

Enviarían a tomar viento (nunca mejor dicho) a todos los aviones que ya se disponían a aterrizar. Cualquiera se arriesgaba a

meterlos en la segunda pista de toma de tierra. Tampoco podían habilitar para ello las pistas de despegue, porque estaban completamente tapadas por los aparatos que esperaban turno.

Oí, entonces, la voz del tío del megáfono.

El aparato eléctrico era de gran potencia. Llegaba a la terminal, con una precisión inmejorable.

Aquel fulano tenía acento del Sur.

Capté sus palabras como si las bebiera una a una.

—Atención... Atención... Atención... Esto es un atraco. Lo que han visto ustedes puede repetirse con el avión junto al que nos hallamos, si una sola persona se acerca a menos de media milla. Nuestro primer aviso será hacerlo volar. Por lo tanto oigan bien nuestra primera orden: Que nadie se acerque a menos de media milla. No la repetiremos.

Vi a Sullivan, el jefazo de toda la policía del aeropuerto subiendo a una de las terrazas. Estaba congestionado. Sacaba la lengua como un reptil. Me pareció que, como en las historietas cómicas, en cada uno de sus ojos había dibujada una silla eléctrica.

También le dieron un megáfono.

Sullivan era un tipo la mar de educado.

Yo sé lo garantizo a ustedes.

De entrada, soltó una serie de tacos que no se habían oído ni en la Marina de los tiempos de Abraham Lincoln, cuando a los voluntarios los reclutaban en las tabernas sujetándolos entre cuatro. Se acordó de la madre del tío del megáfono, de la prima segunda del cerdo del volante, de la sobrina del que iba a subir al avión y de una hermana que, según él, tenía el del lanzagranadas, en Kentucky, y que acababa de quedar embarazada de siete negros. Como Sullivan es un hombre fino y todo un caballero, le deseó un buen parto.

Yo considero que Sullivan es un gran orador.

Su estilo me gusta.

Debiera estar en la Academia de la Lengua.

Cuando un hombre habla, ¿no habla para que le entienda todo el mundo? ¡Pues entonces...!

Y a Sullivan se le entendía todo.

El del *jeep* le contestó que con amenazas no iba a conseguir nada.

Sullivan le exigió que dejara acercarse a los servicios de

salvamento, al avión incendiado, por si aún era posible rescatar a alguien con vida.

—Ese avión incendiado nos cubre un flanco —dijo tranquilamente el hombre que hablaba desde el jeep—. *Por lo tanto, no dejaremos que nadie se acerque ahí. Podrán hacerlo cuando hayamos terminado nuestro trabajo. Si no hay interrupciones ni dilaciones, podrán salvar a parte del pasaje.*

Eso resultaba ya más que difícil, pero, de todos modos, cada segundo tenía un valor incalculable para Sullivan. Por eso se ahorró hasta los tacos. Preguntó ansiosamente:

—¿Qué trabajo?

—Nos llevaremos una caja depositada en el segundo avión. Nuestro compañero ya está subiendo, para apoderarse de ella. Si surge algún obstáculo, si alguien nos molesta, obraremos sin vacilaciones y sin piedad. Todos han visto de lo que somos capaces.

Sí. Todos lo habíamos visto. Lo que no comprendíamos bien aún, era los motivos de aquella nauseabunda tragedia.

Sullivan tampoco los entendía.

Preguntó:

—¿Son terroristas palestinos?

—Oh, no... ¡Sólo nos interesa el dinero!

—Luego querrán huir...

—Ésa es nuestra segunda condición —gritó el del jeep—. *Nos llevaremos, como rehenes, al piloto jefe y a dos azafatas. Si alguien intenta seguimos, los iremos exterminando uno a uno.*

Sullivan estaba tan angustiado que el sudor resbalaba por su garganta. Se daba cuenta de que cada vez eran más remotas las posibilidades de salvar a algunos de los pasajeros de Ginebra, pero que no estaba todo perdido. Ahora ya no contaba cada segundo, sino cada décima. Por eso aulló:

—¡Acepto! ¡Acepto inmediatamente! ¡Nadie se acercará al avión mientras estén ahí, pero váyanse! ¡Váyanse pronto!

Su voz sonaba angustiada.

Cualquiera se hubiese dado cuenta de que cumpliría su palabra.

Pero la voz del hijo de perra que hablaba desde el jeep, *llegó hasta mí con perfecta calma:*

—Aún hay una última condición —dijo.

—¿Más condiciones?

—Sí. Tienen que liberar a Stella Barness.

Todos nos estremecemos.

Bueno, nos estremecemos los que conocíamos a Stella Barness, al menos de referencia.

Se dedicaba a realizar atracos.

Mató a un policía.

No la capturaron.

Luego se dedicó a secuestrar niñas y pedir rescate.

Asesinó a la primera, después de cobrar.

Esta vez la cazaron.

Los honrados contribuyentes pidieron a gritos que se inventara un nuevo plato nacional:

El picadillo de carne de Stella Barness.

Los honrados policías la protegieron de las iras del público. Le salvaron la vida diez veces. Evitaron que alguien se hiciese portamonedas baratos con las tiras de su piel.

Ahora Stella Barness estaba en una celda especial, para ella sólita, de la cárcel de mujeres del Estado.

El juez fue muy amable con ella.

Le prometió que no saldría de allí en mucho tiempo. Pero que, eso sí, cuando saliera, lo haría a hombros.

Y dentro de una caja con sus iniciales.

Y ahora venía aquel tío con lo de Stella Barness.

Sullivan gritó:

¡Tu madre!

—¡Conteste! —gritó el del megáfono—. ¡Conteste, o haremos volar el segundo avión!

El tipo que había subido descendía ya, llevando una maleta y empuñando una pistola ametralladora. Delante de él con los brazos en alto, iban dos azafatas y el comandante de la aeronave.

Todo su plan se desarrollaba con una precisión implacable.

Nos dábamos cuenta de que no tendrían ningún escrúpulo. De que jugaban todas las cartas y de que matarían a cien personas más si era necesario.

Pero en ese momento las circunstancias también cambiaron.

Sullivan iba a decir que sí. Iba a decir que sí, aunque lo de la libertad de Stella Barness no dependiese de él.

Pero el primer avión terminó de explotar, entonces. Las llamas

alcanzaron las partes del fuselaje que no habían alcanzado aún. Los pasajeros que intentaban descender por las salidas de emergencia y las alas, fueron alcanzados por las llamas. No hay ni que hablar de los que estaban dentro. Todo el *Boeing* se convirtió en una inmensa bola de fuego.

Yo me estremecí.

Claro que ustedes ya habrán adivinado que soy muy sensible.

Cualquier cosa me afecta.

Pero me tuve que apoyar en una de las grandes cristaleras y estuve a punto de lanzar un grito de muerte, un grito gutural, un grito casi inhumano con el que todo mi ser volvía a las leyes de la selva.

Muchas personas se habían desmayado.

Otras chillaban.

Otras se habían puesto a rezar.

Y Sullivan se puso a pensar, cosa que no había podido hacer hasta el momento. Se dijo que todos los pasajeros del primer avión estaban muertos, por lo que la primera condición de los secuestradores ya no se podía cumplir. Al diablo con ella.

En cuanto a las otras dos condiciones, todo dependía de si hacían volar o no el segundo aparato. Nada más fácil para los asaltantes, pero si lo hacían volar ya no tenían nada que ofrecer, a cambio de sus vidas. Serían cazados como ratas. De modo que se lo pensarían bastante, antes de dar aquel paso.

Era el momento de negociar.

El momento de ganar tiempo.

El momento de poner tiradores especiales en los lugares más ocultos, para que apuntasen a la cabeza con sus miras telescópicas.

Por eso farfulló:

—¡Tengo que consultar lo de Stella Barnes!

Los otros vieron el truco.

—Tiene media hora —gritó el del megáfono—. La prisión se encuentra a quince minutos de aquí, viajando en un buen coche. Por lo tanto, dispone de otros quince minutos para parlamentar. Si dentro de ese plazo no ha aparecido Stella Barnes en el centro de la pista auxiliar número dos, volaremos el aparato.

No hablaban en broma.

Sullivan lo comprendió así.

Pero disponía de media hora.

Dejó el megáfono y se dirigió a parlamentar. Sabía que cada segundo contaba nuevamente. Pero en el camino que llevaba a los teléfonos, me encontró a mí.

Fue una mala suerte para mucha gente.

Palabra.

Sullivan estaba congestionado.

También fue muy amable conmigo.

Todo el mundo lo era.

Ya lo han visto ustedes.

Masculló:

—Hola, perro.

Yo alcé una pata.

—¿Por qué haces eso? —farfulló.

—Busco un rincón para hacer pis.

Las facciones rojas de Sullivan se volvieron amarillas.

Y farfulló:

—Quizá haya sido una suerte encontrarte. Eres una hiena de buena raza. Menos mal que en el aeropuerto hay aire acondicionado, porque de lo contrario aquí no se podría estar, de peste.

—Y eso que hoy es lunes —dije—. Me cambié de camiseta el sábado.

—¿Dónde tienes tu revólver, Kassel?

Lo toqué con el codo.

Y así empezó mi mala estrella. Así empezó mi colección de muertos.

Verán...

CAPÍTULO III

Me gustaría hablarles de mi revólver «Colt»; una verdadera joya de calibre especial, con cinco balas de punta blindada, con un punto de mira calibrado hasta la milésima de milímetro, con una culata grande que permite sujetar el arma con ambas manos. Mí «Colt», lo uso desde el principio de mi brillante carrera, y he hecho con él una barbaridad de buenas obras. No saben ustedes la de gente que, gracias a él, se ha olvidado de sus deudas y ha dejado de pagar el alquiler. Y no hablemos de los que se han quitado de la noche a la mañana el vicio del tabaco.

De modo que ése fue el libro de oraciones que toqué con mi codo izquierdo.

Sullivan gruñó:

—Mil pavos.

—¿Por cada uno?

—Sí.

—Entonces serán cuatro mil.

—Justo —dijo—. Pagados al contado.

—Ce acuerdo, pero con una condición. No quiero cheques —advertí—. No quiero exponerme a que me los firme un jefe de policía con antecedentes penales.

No le supo mal.

Ni eso.

Dijo:

—Hecho. Pavo sobre pavo.

—Acepto.

Como ustedes habrán visto, Sullivan y yo somos dos hombres de negocios. Con pocas palabras nos entendemos. ¡Nos conocemos tan bien...!

Fui a subir a la terraza.

Pero él musitó:

—Espera.

—No me hable del orden en que he de matarlos, Sullivan —dije

—. Eso es cosa mía.

—No se trata de eso. Oye... No puedes fallar.

—Nunca he fallado, maldita sea.

—Los tiradores especializados tardarán aún diez minutos en situarse. Durante ese tiempo no tendrás ayuda.

—No la necesito. Sé morder yo solo.

—Otra cosa, Kassel: no deben tirar contra ninguno de los rehenes.

—Intentaré impedirlo.

—Y el maletín que han sacado del avión no debe ser destruido.

—¿Por qué?

—Vale varios millones de dólares.

—Y vale también la vida de más de cien personas —dije secamente—. ¿Sabe lo que hay en él?

—Joyas. Todo el tesoro del emir de Karawatt. Quiere depositarlo en los Estados Unidos por razones de seguridad. Supongo que teme un golpe de Estado.

—Pues al emir de Karawatt que le den morcilla.

—No son las joyas lo que más me interesa, por supuesto —dijo Sullivan secamente—, pero mi misión habrá fracasado si no logro salvarlas. Por lo tanto debes procurar que nada ocurra. Nuestras relaciones con la gentecita de Oriente Medio y hasta todo el suministro de petróleo dependen de eso.

Me di cuenta de la gravedad de la situación. No soy tan tonto como para no comprender lo mucho que la política exterior de un país depende de esas cosas. Pero a mí me importaba más la gente que había muerto y la que aún podía morir. De modo que volví a tocar mi calibre especial con el codo y dije:

—¿En qué iglesia pueden ser los funerales?

—En el aeropuerto Kennedy hay capilla.

—Pues encárguelos.

Y subí a la terraza.

Yo soy un hombre caritativo.

Simpático.

No me gusta hacer sufrir.

Imaginen ustedes si seré buena persona que siempre apunto a la

cabeza.

Desde el punto en que estaban los asesinos no podían verme bien, de modo que me situé tranquilamente en la terraza como un espectador más. Saqué mi revólver. Giré el cilindro. Le dirigí la misma mirada de simpatía que un buen aficionado dirige a su coche.

Apunté con las dos manos.

Los asesinos ni lo imaginaban.

Uno de ellos estaba mirando las terrazas, con unos prismáticos.

Pero aún no había llegado a mi sitio.

Quedé quieto como un poste.

Ni siquiera respiraba.

Les aseguro que yo podría ser un campeón mundial en tiro olímpico, si me sometiera a una disciplina. Pero si el día anterior a las pruebas veo a una secretaria con unas buenas piernas, me lanzo y luego quedo hecho una cataplasma. Me falla tanto el pulso que hasta los vasos de *whisky* tienen que levantármelos con una grúa. Pero en cuestión de secretarias llevaba bastante tiempo a régimen, de modo que mi pulso era de primera.

Elegí el de los prismáticos.

Era el único que podía descubrirme.

La distancia era fabulosa para el tiro con arma corta. Resultaba excesiva.

Pero yo no podía fallar.

Apreté el gatillo.

Y lo sentí por los prismáticos.

Debían ser de precio.

Y quedaron hechos polvo.

La bala penetró justamente por el visor izquierdo y de allí fue al ojo del dueño. Lo que pasó después, me lo imagino. El del ojo debió de sentir algo así como una leve molestia, pero el tío era un exagerado, y el grito se oyó en todo el aeropuerto. No he visto a nadie que se muriera metiendo tanto escándalo. Antes de que estirara la pata, debieron oírle desde Jersey City.

«Mil dólares», pensé.

Como ven ustedes, yo soy muy desinteresado. Y me dispuse a ganarme otros mil pavos a cambio de una bala.

El jeep ofrecía un mal parapeto a aquellos tipos, de modo que si yo

cambiaba de posición los iría cazando como a ratas.

Pero no contaba con la contundencia de sus métodos. Inmediatamente ocurrió algo que me dejó paralizado.

Sonó un disparo en el vehículo.

Y una de las azafatas saltó hacia adelante como si la hubieran movido con un resorte. Quedó quieta en la pista, con las piernas abiertas y los brazos extendidos. Por su postura no me cupo la menor duda de que acababan de clavarle una bala en la nuca.

Mi boca se abrió.

Bajé el revólver, poco a poco.

Parece mentira, pero yo no había pensado en aquello: me había olvidado de los rehenes, como si no existieran. Sullivan, también. Sólo pensábamos en la destrucción del segundo aparato.

Y aquellos asesinos aún disponían de una azafata y el comandante de la aeronave. Eso significaba que si yo volvía a disparar, matarían a uno de los dos. Y así, hasta que hubieran ganado la partida.

Quedé rígido.

En este momento no hubiera disparado ni aunque me hubiesen prometido cien mil dólares por cada tiro.

No sé cuánto tiempo transcurrió. De pronto, el aeropuerto Kennedy, en todo aquel sector, me parecía inmensamente vacío. Sólo veía las llamas, el avión quieto como un monstruo dormido, el jeep, y, *sobre todo, la muchacha muerta. Aquella muchacha con las piernas abiertas me obsesionaba. Sus brazos tendidos hacia mí, parecían ser una petición de ayuda que no llegaría jamás.*

La gente callaba.

Había allí un silencio casi religioso.

No se oía ni el tronar de los aviones en el cielo. La torre de control los había desviado hacia los aeropuertos de Laguardia, a muy poca distancia, o al de Newark, al otro lado del Hudson.

Así evitaba males mayores.

Creo que nadie ha visto jamás el Kennedy Airport en una situación semejante. Y espero que no se vuelva a ver.

Los tiradores especiales se habían ido situando, pero a todos les ocurría lo mismo que a mí: no se atrevían a hacer fuego. Salvo en el caso muy improbable de que mataran a los tres hombres a la vez, no podrían evitar que la segunda azafata y el comandante del

Boeing cayesen fulminados.

De pronto, oí una voz a mi espalda.

Era Sullivan.

Cariñoso como siempre, volvió a decir:

—Hola, perro.

Pero esta vez no levanté la pata.

Lo único que quería hacer era clavar mis dientes, pero los del *jeep se encontraban a demasiada distancia*.

—¿Ha visto lo que ha pasado? —pregunté, sin volverme.

—Claro que sí.

—No puedo volver a disparar.

—No habrá más halas —dijo él, pesarosamente.

Parecía haber envejecido de pronto.

Tragué saliva.

—¿Va a acceder a sus pretensiones, Sullivan?

—No tengo más remedio. Después de ver cómo mataban a esa pobre muchacha, no puedo jugar con las vidas de los otros.

—¿Y... qué va a hacer?

—He hablado con la cárcel de mujeres.

—¿Le han creído?

—Sí —dijo, secamente, él—. ¿Por qué no iban a creerme? El alcaide es amigo mío. Conoce muy bien mi voz.

Me estremecí.

—No me diga que van a soltar a esa hiena sarnosa —dije.

—Viene hacia aquí.

—Pero...

Fui incapaz de continuar. Me hubiera mordido a mí mismo.

—Ya comprendo que debimos consultar más arriba —masculló Sullivan—. Esta decisión tenía que tomarla el propio gobernador del Estado. Pero ¿qué tiempo hay? No me cabe la menor duda, por lo que he visto, que cuando se cumpla el minuto treinta y uno volarán el segundo avión. En estas condiciones, he accedido.

Hundí la cabeza.

Era terrible lo que estaba pasando por mí.

Jamás había odiado tanto. Aquellos hombres que, por conseguir dinero, mataban fríamente a centenares de personas me causaban una náusea invencible. Claro que yo también mataba por dinero, pero sabía a quién daba el pasaporte. Por lo menos siempre he

querido tener, en el fondo de mi alma, esa tranquilidad de conciencia.

Pero ya saben ustedes: sigo siendo un tipo al que hay que meter en una jaula para que haga el amor con alguna hiena.

Sullivan masculló:

—Tengo un encargo para ti, Billy Kassel. El encargo más provechoso que has tenido en toda tu cochina vida, desde que te dieron una licencia para que pudieras pegar tortazos en nombre de la ley.

No había duda de que el tío quería hacerme una oferta.

Estaba dispuesto a escupir dólares por un lado de la boca.

Fui a preguntarle cuánto cobraría y a cuántos tendría que matar. Tenía que echar mis cuentas. El negocio es el negocio.

Sullivan fue a soltarme un sermón moral como si estuviéramos en la catedral de San Patricio.

—Esos tipos son unas fieras sarnosas y no pueden ser tratados con procedimientos legales —dijo.

—No.

—Son unos perros inmundos.

—Claro.

—Unas serpientes venenosas.

—Y usted que lo diga.

—Por lo tanto, hay que enviar tras ellos a alguien que sea igual y que emplee sus mismas armas. De lo contrario fracasaríamos. Hay que enviar en su seguimiento, por lo tanto, a una fiera sarnosa, un perro inmundo, una serpiente venenosa. Es decir, hay que enviarte a ti.

Agradecí con una sonrisa cuadrada tan inmerecidos elogios. Me derrite que hablen bien de mí.

—Ya sé lo que pasa, Sullivan —musité—; usted está hablando bien de mí, para así tener que pagarme menos.

Él, amable como siempre, fue a decir algo.

Seguramente quería darme recuerdos para alguno de mis familiares más próximos.

Pero en aquel momento apareció la mujer en el centro de una de las pistas auxiliares. Era la pista que llevaba en línea recta al no muy lejano punto en que se hallaban los asesinos, junto a la inmensa pira funeraria que era el enorme avión incendiado.

Amigos: Que me zurzan entre cuatro si he visto en toda mi puerca vida a una mujer como aquélla. Les aseguro que tengo buen gusto; si alguna vez tienen ustedes alguna duda acerca de si una chica está bien o no, me la presentan y ya verán lo que pasa. Pero no recordaba haber visto en muchos años un tipazo como aquél. Era como para que el movimiento en las pistas se paralizase de pronto.

Yo había visto a Stella Barness en algunas fotografías tomadas durante el juicio. Me pareció cañón, tanto, que a pesar de lo repugnante de sus delitos me dolió la perspectiva de que la enviaran a la silla eléctrica. A una asesina tan repugnante pero que, al mismo tiempo, es una tía tan estupenda, deberían dejarla en préstamo en manos de un tío como yo. De todos modos, tampoco duraría mucho.

Pero las fotografías no eran más que un pálido reflejo de la belleza maldita de aquella mujer. Yo no sé lo que pasa: las asesinas siempre nos parecen más guapas. Quizá imaginamos que han de ser tan feas como su conciencia, y al verlas tenemos una sorpresa que nos hace valorar aún más sus encantos físicos. Pero, compadres, Stella Barness, puesta en la pista, y puesta en el sitio que ustedes quieran, estaba como para untar pan. A pesar de que llevaba el uniforme carcelario, a pesar de sus zapatos sin tacón, a pesar de sus piernas enfundadas en medias de algodón grueso, a pesar de su peinado carente de toda gracia, era una de esas señoras a las que uno perseguiría incluso por las alas de un avión en despegue. Quedé impresionado.

Y, enseguida, un pensamiento vino hasta mí: «Lástima que tenga que matarla».

Porque yo sabía muy bien lo que pasaría.

Yo estaría en los funerales de aquella mujer.

Yo iría detrás de su ataúd cantando salmos, una vez le hubiera descargado mis seis balas blindadas en la espalda.

Sullivan murmuró:

—Espera.

De los tres hombres que estaban vivos en el jeep, uno de ellos había tomado el megáfono. Se puso en pie y gritó:

—Atención... Atención... Voy a dar unas instrucciones que cumpliréis al pie de la letra. El menor fallo, la menor mala fe, ocasionará la muerte de los dos rehenes y la voladura del segundo aparato... Prestad la máxima atención a mis palabras porque no

volveré a repetirlas.

Naturalmente que prestamos atención.

Y en especial, los que estaban en el segundo aparato.

Si la mitad de ellos no se habían puesto de rodillas, dominados por el terror, poco debía faltar.

El asesino continuó:

—Stella Barness sabe dónde encontramos. Ha recibido instrucciones previamente, de modo que escapará en una dirección que no será la nuestra.

«La cosa se complica», pensé yo.

Pero no debía extrañarme. Al fin y al cabo, era elemental que no huyeran todos por el mismo sitio. Se trataba de dispersar los esfuerzos de la policía y evitar que se concentraran en un solo punto. De modo que seguí escuchando.

—Stella Barness debe disponer de un jeep con el depósito de gasolina completo —dijo el del megáfono—. Vais a suministrárselo antes de cinco minutos, o morirá el segundo de los rehenes.

Calló.

No hicieron falta los cinco minutos.

No pueden ustedes imaginarse la prisa que todos teníamos ahora.

Apenas había acabado de hablar aquel tipo cuando apareció el jeep en la pista. Stella Barness subió a él, comprobó por los indicadores que el depósito de gasolina estaba lleno y arrancó. No miró atrás ni una sola vez. Lástima, porque a mí me hubiera gustado hacerle polvo su carita de ángel en lugar de matarla por la nuca.

Ya había alzado mí «Colt».

Sullivan masculló:

—¿Pero qué vas a hacer, bestia?

—Nunca la tendré más cerca. —Respondí—. Encárguele un ataúd a medida, en Christian Dior.

Les aseguro que hubiera sido capaz de disparar. Yo soy así de buen chico. Sullivan me dio un manotazo y desvió el arma, porque de lo contrario Stella Barness se hubiera dedicado desde entonces a contar nubes, un poco más arriba del Everest.

Un momento después la vimos desaparecer.

No es difícil salir por las pistas del aeropuerto Kennedy, sobre todo si ningún policía le cierra a uno el paso. Me di cuenta de que

aquella zorra debía tener instrucciones muy concretas, tal como había dicho el del megáfono, pero además le indicaron el camino que debía seguir. Desde el *jeep* *dispararon una bala trazadora*.

Aquellos tipos no carecían de nada.

La fugitiva siguió exactamente el camino que le marcaba la estela de aquella bala.

La voz sonó entonces, otra vez.

—Vamos a huir —dijo el asesino que nos obsequiaba con su discurso—. Nos llevaremos a los rehenes y los soltaremos dentro de veinticuatro horas. Sí, mientras tanto, nos persigue un solo coche o vemos un solo helicóptero sobre nuestras cabezas, los rehenes morirán. Sigán las instrucciones al pie de la letra y no ocurrirá nada más. De lo contrario...

No siguió.

En aquel momento uno de los policías que estaba cerca de la pista, quiso hacer el héroe.

Que si el ascenso. Que si una medalla. Que si el beso apasionado de su mujer. Que si una fotografía en el *New York Times*. Que si todo eso.

El pobre tío se puso en movimiento.

Intentó manejar una metralleta.

Pero el que recibió la ráfaga en pleno pecho fue él. Se dobló trágicamente antes de haber puesto su arma en línea de tiro. Todos vimos perfectamente cómo su sangre saltaba a chorros sobre la pista.

El del megáfono volvió a hablar con la mayor calma del mundo.

—¡Este será el resultado si alguien más se atreve a moverse! ¡No lo repetiremos otra vez!

Su jeep se puso también en movimiento.

Salieron de entre los dos aviones. El que ya no era más que una pira y el que tenía a un centenar de pasajeros aterrorizados dentro de su fuselaje.

Por lo visto tenían tan bien estudiado el camino, que conocían mejor el aeropuerto que los ingenieros que lo diseñaron. Aparte de eso, debían haber contado con alguna complicidad a la hora de entrar. Para demostrar que conservaban toda su potencia de fuego y para frenar a cualquiera que tratara de perseguirles, dispararon varias ráfagas contra las ruedas del tren de aterrizaje del avión

detenido. El enorme aparato se ladeó, haciendo posible cualquier catástrofe. Luego, con el fusil lanzagranadas, enviaron dos bombas contra el fuselaje.

El incendio se extendió rápidamente.

Era la salvajada más abyecta que yo recuerdo haber visto, desde que pusieron en mis manos un cacharro que hacía «Pum».

Menos mal que, esta vez los servicios de ayuda pudieron acercarse, porque los asesinos ya estaban lejos. Protegidos por la cortina de llamas salían velozmente del inmenso aeropuerto.

Con un despliegue de coches y un aullido de sirenas que llegaban a helar la sangre, todos los enormes recursos que están depositados en el Kennedy se pusieron en movimiento. Medio minuto después el *Boeing*, había desaparecido bajo una verdadera montaña de espuma carbónica. Las llamas se extinguieron y creo que no murió nadie. Pero si alguien llega a vacilar un solo momento, aquello acaba en una auténtica matanza.

Yo apretaba frenéticamente el revólver.

Estaba rabioso.

Nunca había sentido tan vehementes deseos de matar, y eso que me cuesta poco sentirlos.

Fui a saltar.

No sabía adónde iba, pero fui a ponerme en movimiento.

Sullivan me detuvo con un gesto.

—Te estaba haciendo una proposición, Kassel —masculló.

—Está bien, acabe de hacerla, pero yo quiero imponer una condición.

—¿Cuál?

—Pienso apretar el gatillo.

—Lo apretarás tantas veces que te va a doler el dedo, perro-Kassel, pero oye bien esto. Si enviamos hombres detrás de esos asesinos será peor. Si enviamos helicópteros, los rehenes no vivirán para contarlos. ¿Me vas entendiendo, cerdo-Kassel?

Perro-Kassel, cerdo-Kassel, que soy yo, servidor de ustedes, hizo una mueca afirmativa.

—Necesito enviar detrás de ellos a alguien que no conozcan, y a ti no te conocen. No te han visto si no es a distancia, y no te recordarán. Pondré los hechos en conocimiento del gobernador del Estado, pero, de momento, ya tienes mi licencia. Y en cuanto

traspases las fronteras del Estado tendrás la licencia del Departamento Federal de Justicia. Yo te lo garantizo. Ahora escúchame bien, hiena-Kassel: todos ellos tienen que morir.

Me pasé la lengua por los labios secos.

El lenguaje de Sullivan es el lenguaje que yo entiendo mejor.

Y él lo sabía.

Continuó animándome con sus palabras amables, cariñosas, llenas de sentido:

—Tú eres un asesino como ellos, un grano infectado, una serpiente de cascabel puesta en conserva, una hiena al *ast*. Tú eres todo eso, Billy Kassel, aparte de cuatro o cinco cosas más, que me callo por respeto a tu ignorado padre. Ganarás además veinte mil del ala si los matas. En nombre de la Policía Metropolitana de Nueva York te los garantizo. Y que me aspen si las compañías aéreas no pagan también, a escote, todo lo que haga falta.

Aquel lenguaje seguía gustándome. Lo de los veinte mil del ala lo entendí mejor que si me lo hubieran dicho con música.

—Pero no les persigas a ellos —dijo Sullivan—. No quiero que tengan ni la más remota sensación de que alguien va tras sus huellas. La vida de los rehenes es sagrada para mí.

—¿Entonces qué hago? ¿Enviarles una felicitación por Navidad?

—Sigue a la chica. —Gruñó Sullivan—. Ella debe reunirse con los asesinos, según instrucciones que ya tiene, porque ellos mismos lo han dicho. Eso significa que fueron a verla a la cárcel y en el locutorio le soltaron todo el rollo, sin que la celadora se enterase. O quizá le untaron la mano a la celadora. Eso es algo que ya sabremos. Pero tienes que seguir a la chica sin hacerle daño... hasta que se reúna con esos tipos en el sitio que sea. Clávate bien esto entre ceja y ceja: no me importa el sitio. Ni aunque sea sobre un patín de esquí náutico en el Gran Lago Salado. En cuanto los veas reunidos... ¡Mátalos! ¡Mátalos! ¡Mátalos...!

Comprendí perfectamente lo que Sullivan quería.

Lo que en aquel momento quería todo el país.

—Los contribuyentes se ahorrarán dinero. —Fue todo lo que dije.

—¿Por qué?

—Porque no habrá que pagar ni los ataúdes. Lo que quede de ellos cabrá en una caja de cerillas.

Y salí.

No sabía bien adónde iba a llevarme aquella maldita aventura.

Pero Sullivan siguió siendo muy amable conmigo.

Gritó, mientras me alejaba:

—¡Oye, tú! ¡Lo que haya en la caja de cerillas no se lo vendas luego a un fabricante de polvos para la sopa...!

CAPÍTULO IV

Para hacer lo que yo me puse a hacer a continuación, se necesita conocer muy bien el aeropuerto Kennedy. Pero yo lo conocía porque no en vano me ganaba el pan en él. De modo que calculé muy bien la dirección que debía haber seguido el *jeep de Stella Barnes*.

Fui tras ella.

Pero no podía ir a pie, claro.

Ni tampoco podía usar un vehículo grande o que llamara demasiado la atención.

Avancé por la pista.

Vi a Nick.

Nick me vio a mí.

Nick era uno de los motoristas de la Brigada, cuando yo era considerado en ella un ciudadano ejemplar. Uno de los hombres mejor hablados del país. Una vez que Nick empezó a imitar mi modo de hablar quisieron expulsarle de la ciudad, pero aquél era un asunto que ya había pasado a la historia.

El caso era que tenía una magnífica «Harley-Davidson» de 1200 centímetros cúbicos.

Seguro que ustedes le han echado el ojo a un bicho de esos.

Pero no pueden tenerlo.

Cuestan un riñón, y parte del otro.

A mí no iba a costarme tanto.

Nick gruñó:

—Nooo...

Yo dije:

—Siiiií...

Le largué un guantazo que lo desmonté del sillín. Luego me puse yo ante el manillar y di gas. La moto salió disparada hacia el sitio por dónde había huido la muchacha.

Me encontré en un ramal de la autopista que lleva a Manhattan en menos de dos minutos. Seguramente que aquella zorra de cola plateada había pasado por allí. Pero yo no podía seguirla en un bólido de la policía al que sólo le faltaba hacer sonar la sirena. Hubiese llamado demasiado la atención. De modo que me situé al lado de una magnífica «Laverda» de 750 centímetros que llevaba un joven de largas melenas.

—Cambio —dije.

El otro gruñó:

—Se van a creer que la he robado a la policía.

—Claro, muchacho, pero cuando se den cuenta, ya estás en Lima. Espera...

Sujeté su manillar con la mano derecha, mientras yo controlaba mi moto con la izquierda. En mi larga vida de perro de presa he perseguido a los asesinos en toda clase de vehículos, a lo largo y ancho de Nueva York, menos en camello y en submarino. Y aun así, porque no se ha presentado la ocasión. De modo que conozco como pocos los secretos de las motos y los coches. Fui arrinconando a aquel dilecto amigo mío contra la valla de la autopista, mientras él se iba acordando de todos mis antepasados por orden alfabético. Debía estar más o menos por mi tía de Wisconsin, cuando se calló. Se dio cuenta de que íbamos a pegárnosla y de que los dos cabríamos en el mismo ataúd. Frenamos al mismo tiempo, mientras las máquinas se rozaban.

Un momento después, yo tenía la «Laverda» y él tenía la «Harley». Ganó en el cambio, pero no sé si se quedó muy satisfecho. Me lancé a gran velocidad, pensando que así no llamaría la atención de la fugitiva.

Pronto vi el *jeep*.

Estaba en un camino lateral de la autopista, saliendo por uno de los muchos ramales que se desvían hacia el oeste de Queens.

Pero se encontraba vacío.

Debía haberlo imaginado.

La muy condenada debía tener auxiliares con los que ya contaba. No iba a seguir demasiado tiempo con un vehículo que en dos minutos tendría identificado toda la policía del Estado de Nueva York. Le habrían ayudado a cambiarlo por otro completamente anodino, quizá un «Ford» gris que no llamaría la atención de nadie.

Y en el interior del coche tendría dos cosas, como si lo viese: unas ropas nuevas y una peluca.

Ahogué una maldición.

«Elemental, querido Watson», pensé.

Unos tipos que organizan un golpe para llevarse todas las joyas del emir de Karawatt no olvidan tener en reserva unos cuantos coches y unas cuantas prendas de ropa.

De todos modos, yo tenía que mirar el *jeep* y lo hice. *Me acerqué a él con suavidad, después de haber respetado todas las reglas del tráfico, lo cual quiere decir que me salté un par de vallas como si montara un potro salvaje y dejé medio calvo con un neumático a un reparador de señales que quiso detenerme.*

Examiné el interior del vehículo. Dentro había unos zapatos bajos, unas medias de algodón y una bata carcelaria de color gris. La zorra se había quitado allí todo aquello para ponerse dentro del nuevo coche las prendas que le habían guardado en él. Ahogué una imprecación y fui a volver a la moto.

Aquello equivalía a empezar de nuevo.

A perseguir un coche que no conocía y a una mujer a la que probablemente no conocería, tampoco.

Estaba asqueado de todo.

Hice un gesto brusco.

No me di cuenta de que eso me salvaba la vida hasta que la bala rozó mi oreja derecha. El buitre que acababa de disparar usaba silenciador, y el proyectil apenas produjo el zumbido de un moscardón lejano. Pero fue bastante para que me diese cuenta de que alguien guardaba la presa del *jeep*, *sabiendo que un especialista en persecuciones se acercaría a él. Aquel especialista era yo. Y a mí me sabe mal que a un chico que vale tanto lo envíen al cementerio.*

Me puse hecho un jabalí.

Ustedes ya habrán notado que tengo un carácter dulce y apacible, y que paso mis horas libres leyendo poesías de lord Byron, pero cuando pierdo los estribos tengo incluso un poco de mala jeta.

Salté de costado.

Saqué el «Colt» calibre especial.

El individuo estaba oculto detrás de una pila de materiales y me envió el segundo recado urgente. Sabía que si eliminaba al especialista en persecuciones, la chica podría huir. Daba por

descontado que la policía habría enviado a su mejor hombre.

Mucho honor para mí.

Pero el honor de poco les sirve a los muertos.

El segundo proyectil me había rozado la mejilla izquierda, de tal modo, que me dejó una patilla más corta. El aspirante a barbero que yo tenía delante se alzó entonces, un poco, para liquidarme mejor.

Le envié una de mis balas blindadas pagadas en cómodos plazos.

El tío ni se enteró.

Fue una lástima, porque dio el salto mejor de su vida. Hubiera podido sentirse orgulloso, caso de saberlo.

Casi quedó colgado de un árbol.

Yo soplé en el cañón del revólver, como había visto hacer a mi padre cada vez que venían a cobrarle una factura (porque, aunque ustedes no lo crean, yo he conocido a mi padre), y me acerqué a mi víctima, mirándole la cara con todo detalle. Por desgracia para los enemigos a quienes yo estaba persiguiendo, conocía a aquel tipo.

Era Petropoulos, un fulano de origen griego que se encargaba de hacer trabajos finos. Me lo había echado a la cara un par de veces cuando yo estaba en la brigada, velando por la moral pública. Petropoulos solía matar por las esquinas de Manhattan a diez mil dólares la pieza. Pertenecía al famoso Sindicato del Crimen, es decir, a la poderosa organización de la gentuza que mata por encargo, pero nunca pudimos probarle nada. Sólo fue a la cárcel varias veces, por ladrón de coches. Tenía debilidad por los «Ford Capri». Eran su manía.

Apreté los labios.

Un «Ford Capri».

Muy bien.

Seguro que Petropoulos había robado el coche que Stella Barnes tenía que encontrar en aquel punto preciso, y seguro también que el coche en cuestión era de aquel modelo. Petropoulos era un especialista en ellos. Existían ocho probabilidades sobre diez de que no se hubiera buscado complicaciones con otra marca.

De modo que ya sabía algo. Tenía que perseguir un «Ford Capri» conducido por una mujer la cual llevaría seguramente gafas oscuras y una espectacular peluca. No era una mala pista, pero tenía que atraparla antes de que se me metiese en el avispero de Manhattan.

Monté de nuevo en la «Laverda» y di gas. Me crucé en la autopista con docenas de coches patrulleros que llegaban al Kennedy, pero nadie me dirigió una mirada. Así me situé en el punto en que queda a la izquierda el antiguo terreno donde se celebró la Exposición Universal de 1964-1965.

Ha pasado el tiempo, pero muchas de las instalaciones siguen allí.

Había empezado a lloviznar.

El día se ponía gris.

Las nubes olían a muerto. O al menos llegó a parecérmelo.

Vi entonces el «Ford Capri» en la terminal del ferrocarril urbano, y me di cuenta una vez más de que aquella mujer del diablo no había descuidado un detalle. Como un coche, después de todo, puede ser identificado y perseguido, iba a seguir su fuga en el metro. En cuanto lo tomara, ya no habría quien le echase el guante.

Manhattan. —Ya he dicho—, es un avispero.

Ríanse ustedes de los otros distritos de Nueva York.

Allí podría encontrar un buen refugio; podría dar con un especialista en cirugía estética que modificaría un poco sus facciones y hasta con una hábil *esteticienne* que teñiría su piel. A la mañana siguiente ya no habría quién la reconociese, ni aun metiéndose en la misma cama que ella. Por eso tenía que darme prisa y cazarla, antes de que se me perdiera para siempre.

Avancé con la moto.

Quería probar suerte y ver si la encontraba todavía cambiándose dentro del coche.

Pero cuando la vi ya estaba subiendo a uno de los últimos vagones, justo cuando el convoy se ponga en marcha, para dar así esquinazo a cualquiera que la persiguiese. La reconocí por sus curvas. ¿Saben ustedes? Tratándose de chicas, yo donde pongo el ojo, pongo la mano. Y si no puedo poner la mano, al menos el ojo lo pongo bien. Palabra. Aquellas curvas no se me iban a despintar en seis meses, de modo que la fiché enseguida a pesar del cambio de ropas.

Ahora iba vestida como una empleada modesta. Llevaba zapatos altos, pero no espectaculares, una peluca morena bastante discreta y unas gafas negras. En eso de las gafas, era la única cosa en que no me había equivocado. También llevaba un bolso bastante grande,

donde si no cabía un mortero del «81», poco le faltaba.

Me aposté a que allí había una pistola ametralladora.

Pero no me importó demasiado. Lo peor es que se me iba. Lancé una salvaje imprecación mientras daba más gas a la «Laverda».

Como muchos de ustedes saben, el ferrocarril suburbano rueda al descubierto en aquel sector. Ella había montado en un tren semi directo, o sea que pararía en una estación dentro de ocho minutos más o menos.

Ocho minutos de infierno.

Pero tenía que probar.

Subí con la moto por un pequeño terraplén.

Y lo bajé.

Pero, por el otro lado, aquello era un auténtico talud. Al fondo estaba la vía.

Alguien me gritó algo.

Yo le contesté.

Lo que yo le dije debía ser bastante más grueso porque el otro se calló enseguida.

Lo que hice a continuación no había soñado tener que hacerlo nunca, ni siquiera cuando los sábados por la noche me emborrachaba en los tugurios de la Lowell Bay, con una serie de buitres a los que pensaba enchironar diez minutos más tarde. Pero ahora ya estaba metido en el mejunje y me hundí en él hasta el cuello.

Volví a dar gas.

Seguir a un tren por la vía pedregosa y llena de obstáculos, es algo que acaba con los riñones de cualquiera y con la suspensión y los neumáticos de cualquier máquina. Pero yo tenía que resistir ocho minutos y pensaba hacerlo, aunque sacase el carburador de la «Laverda» por la boca. Empecé a pegar saltos terribles detrás del convoy, saliéndome a veces de la vía y volviendo a ella con la velocidad de una ardilla. Yo sabía que una caída me haría morir electrocutado y eso me helaba la sangre.

¿Pero qué estaba pensando?

¿Morir electrocutado?

¿Por qué aspirar a tanto, si uno puede morir con el pecho cosido por una ráfaga?

Fue entonces cuando me di cuenta de que todo aquello estaba

aún mejor preparado de lo que yo había creído, al principio. Si la chica había entrado en el penúltimo vagón, un guardaespaldas se había situado en el último. Aquel tipo tenía por misión, prever cualquier contingencia.

Me vio.

Se ve que no le fui simpático.

Al principio quizá creyó que no podría igualar la velocidad del convoy o que me iría a criar malas a un lado de la vía, pero cuando se convenció de que la moto resistía y de que yo podía haber ganado el campeonato nacional de *moto cross*, hizo intervenir su quitapenas. El quitapenas consistía en una «Thompson» de gran calibre, con cuya culata rompió el cristal e la ventanilla posterior del último vagón.

Alzó el cañón.

No había obstáculos entre él y yo.

Grité algo de su madre.

Él decidió contestarme con hechos. Apretó el gatillo y me envió una buena ráfaga. En ese momento tuve uno de los churros más importantes que he tenido en mi vida, he de reconocerlo.

El tren tomaba una curva.

Las balas trazaron una parábola y se cargaron la mitad de un par de postes. Yo perdí el vagón de vista durante unos segundos, mientras me pegaba materialmente al depósito de la gasolina de la moto.

No podía confiar en que nadie detuviese a aquel energúmeno dentro del vagón. Y menos los viajeros.

La gente se estaría quieta viendo que llevaba una «Thompson».

Las piedras saltaban a mi cara y la «Laverda» daba unos saltos terribles, mientras los neumáticos parecían a punto de estallar en cualquier momento. Pero resistía. Volví a ver el último vagón, al salir de la curva.

Ahora venía una larga recta.

El buitre no tenía más que apuntar.

Vi el ojo negro de la metralleta a unas cien yardas y entonces salí de la vía. Lo hice con una habilidad que a mí mismo me asombró. Las balas chocaron contra los raíles, con un silbido maléfico.

Volví a la vía.

Era cuestión de un minuto, de dos...

Porque veía una estación, a muy poca distancia.

Yo me forjé la ilusión de que el convoy se detendría allí, a pesar de que no habían pasado los ocho minutos calculados para la primera parada. Y me forjé también la ilusión de que el de la metralleta no se atrevería a enviar una ráfaga en una estación donde había tanta gente.

Pero se ve que soy un optimista. En primer lugar el tren no iba a parar allí, puesto que se trataba de un semi expreso. En segundo lugar, el fulano de la «Thompson» envió una ráfaga. Vaya si la envió.

Cuando apuntaba, me di cuenta de lo que iba a pasar, y volví a saltar fuera de la vía. Manejaba la pesada «Laverda» como si fuese un caballo de carreras, a pesar de que no es precisamente una moto para dar brincos. Pero lo que uno hace cuando está tan desesperado como yo estaba entonces, no vuelve a hacerlo nunca más.

De pronto, me encontré en el andén de la estación, cuando el convoy ya había pasado. Fui, a gran velocidad, hacia la gente.

Estaba lanzado.

No me acordaba ni de frenar.

Por otra parte, las balas me rozaban la cabeza, de modo que tampoco podía andar con florituras. Vi a una auténtica multitud que me cortaba el paso. De repente, el andén quedó más desierto que un cementerio de Oklahoma.

La gente saltaba a la vía.

Se lanzaba por las ventanas.

Se colgaba de las farolas.

Todo el mundo hacía una cosa distinta, para apartarse del camino infernal de la «Laverda», pero todo el mundo estaba de acuerdo en algo: en acordarse de mi mamá. A la pobre jamás la han tenido tan ajetreada como en esa época.

Había gente en el suelo y salté por encima. Un segundo salto me dejó en la vía, nuevamente. Seguro que en la próxima estación el convoy paraba, de modo que yo sólo tenía que aguantar tres o cuatro minutos más.

Claro que no iba a poder.

Se dice pronto.

Toda la moto crujía siniestramente.

O aún podía ser peor.

Me alcanzaría una ráfaga.

Me ceñí mucho a la próxima curva y las balas también pasaron desviadas. Luego venía de nuevo una larga recta, en la cual todas las facilidades estarían de parte del otro para matarme. Da modo que cambié de táctica.

A la salida de la curva, me detuve.

Salté de la moto a tierra.

Yo estaba protegido por la misma curva, pero el hombre de la metralleta se hallaba ya en plena recta. Por lo tanto yo podía verle a él, y él no podía verme a mí.

Saqué el «Colt», de balas blindadas.

El fulano se me alejaba velozmente. Al no verme, debió pensar que yo había abandonado la persecución, pero no dejó de vigilar. Su cuerpo, con la metralleta alzada, se divisaba claramente al final del último vagón.

Puse el revólver en línea de tiro.

Lo sujeté con ambas manos.

Ya pueden imaginarse ustedes que no vacilé demasiado a la hora de disparar, pese a todo lo buen chico que soy. Apreté el gatillo a un ritmo frenético, sin desviar ni una milésima de pulgada la línea de tiro.

Una, dos, tres, cuatro balas.

El tío debió enterarse. Debió acordarse también de mi mamá. Le vi contorsionarse ante aquella rociada que debió parecerle inverosímil, porque me creía a demasiada distancia. Supongo que, de las cuatro balas, al menos dos fueron de las que le envían a uno al otro barrio sin billete de vuelta.

Una vez eliminado aquel enemigo, las cosas se presentaban mucho más fáciles para mí. Monté de nuevo en la «Laverda» y fui siguiendo al metro hasta la próxima estación, pero sabiendo que ahora nadie me frenaría. Como la próxima estación también estaba a cielo abierto, yo lo veía todo perfectamente.

Stella Barness debía creer que todavía tenía al guardaespaldas en el último vagón. Me relamí como un gato ante una sardina, al pensar en su sorpresa.

Los dos neumáticos reventaron a la vez, justo cuando yo llegaba a la estación en que el convoy tenía parada. Dejé allí la moto, entre

la sorpresa de la gente, que me miraba como si yo fuera un chalado, y me dirigí hacia un tipo que estaba leyendo el periódico.

—Permiso —le dije.

Y arramblé con él.

Era el Washington Post.

Un ciudadano respetable necesita un periódico para entrar en el metro. Además tenía que cubrirme la cara con algo, ¿no? Tenía que hacerlo, aunque estaba seguro de que ella no me conocía.

Entré en el penúltimo vagón.

La gente del último chillaba.

Dos policías entraron a toda prisa y empezaron a ciscarse en la familia del muerto. Les estaba fastidiando la mañana. Para realizar mejor las investigaciones, impidieron que nadie saliese de aquel vagón y lo desengancharon del resto del convoy para que éste siguiera viaje.

Lo importante fue que nadie me relacionó con aquella muerte.

Y es extraño. Porque a mí me han achacado todas las muertes del país, excepto, quizá, la del presidente Abraham Lincoln.

Me hubiera gustado poder echar el guante a la mujer, a la que ahora tenía tan cerca, pero mi obligación era pasar desapercibido y seguirla hasta que se reuniera con los otros tres pájaros. La sorpresa que por un momento había pensado darle, y de la que ya disfrutaba por anticipado, era imposible. Pero ya llegaría mi momento. Ya le echaría encima las dos zarpas hasta dejarla sin cuello.

De momento la tenía tan cerca, que casi me senté a su lado.

Pensé: «Qué tipazo. Lo que haría con ella...».

Y es que uno también tiene su corazoncito, ya lo ven ustedes. Soy tan buen chico que durante treinta minutos me hubiese olvidado de matarla.

CAPÍTULO V

Prácticamente, no nos separaba ahora ni una yarda. Stella Barnes se hallaba sentada en el mismo banco que yo, y fingía hallarse absorta en el panorama que se divisaba por la ventanilla, panorama que muy pronto iba a transformarse en un túnel negro. Nadie hubiese imaginado, viéndola, que era una asesina repugnante, y que por sacarla de la cárcel de mujeres del Estado habían muerto alrededor de cien personas. Tenía un aspecto perfectamente aburrido de oficinista que va a su trabajo. Yo también tenía un aspecto aburrido, como si fueran a despedirme de mi empleo. Fingía no mirarla, pero, en realidad, no le quitaba ojo de encima. Así llegamos a Times Square.

Ustedes ya saben. Times Square, el corazón de Nueva York, el sitio donde han tenido que instalarse recientemente aparatos de televisión en circuito cerrado, para vigilar mejor las esquinas, pues cada vez los ciudadanos honrados como yo pueden andar menos tranquilos. Eso es lo que se llama una gran ciudad, donde se vive a gusto.

Fui tras ella.

La estación tenía el aspecto nauseabundo y pútrido de siempre. Stella no me había dirigido una sola mirada, de modo que comprendí que no me conocía. Nunca había estado tan cerca del éxito en mi misión y nunca el corazón me había latido tan aceleradamente.

Caminando con una elegancia de diosa, Stella se dirigió hacia la Calle Cuarenta y Dos. Nadie parecía haberse enterado aún de la catástrofe del Kennedy. La gente iba a sus asuntos, otra se metía en los cines pornográficos y alguna otra se colaba en las tiendas donde había revistas con nenas ligeras de ropa, aunque últimamente habían sido retiradas de los escaparates por decisión judicial. Vamos, que la Calle Cuarenta y Dos estaba como siempre. Sólo

faltaba que empezaran a llenarse los restaurantes, porque aún no era la hora.

Frené. Fingía pasear y me quedé parado de pronto.

Con gran sorpresa por mi parte, ella se había metido en una cabina telefónica.

Mientras fingía mirar a un escaparate, la vigilé valiéndome del reflejo del cristal. Las cosas se me estaban poniendo bien. Sin duda telefoneaba a los otros tres cerdos para encontrarse en alguna parte.

Cuando salió de la cabina telefónica fingió también pasear, mirando los escaparates. Pese a toda la experiencia que tengo, mi corazón seguía latiendo aceleradamente. Aquél iba a ser el triunfo más resonante de mi limpia y brillante carrera. Si se reunían en la Calle Cuarenta y Dos, los atraparía a todos en bloque. Los trataría amablemente como hago siempre, y sólo dedicaría una bala blindada a la cabeza de cada uno.

Empezaba a acariciar las más fervientes ilusiones.

Las cosas se me ponían a punto de caramelo.

Y entonces, dos voces que parecían perfectamente sincronizadas, dijeron a mi espalda:

—Vamos, apóstol.

Si llegan a atizarme un pinchazo en un sitio que yo sé, no me causan más sorpresa.

Me volví.

Tenía ahora delante a dos tipos gigantescos, uno a cada lado.

Dos caras herméticas.

Dos manos tendidas hacia mí.

Y dos chapas en ellas. Eran placas del FBI, rigurosamente auténticas. Yo las conocía bien. Dos federales habían venido a darme la bienvenida a mí. ¡A mí, que estaba sirviendo desinteresadamente al país y sin disparar un tiro!

Normalmente, en esos casos, cuando alguien se interfiere en mi camino de honrado servidor de la ley, suelo emplear los puños. Pero en esta ocasión quise saber de qué se trataba. Me pareció tan increíble que aquella zorra hubiese pedido ayuda al propio FBI, que quedé con la boca abierta.

Uno de los agentes, repitió:

—Vamos, apóstol.

—¿Adónde?

—Una mujer ha pedido ayuda para librarse de ti. Y como el asunto está relacionado con un delito federal, intervenimos nosotros.

Mi boca se abrió más aún.

Aquello ya era demasiado.

Pero significaba, ante todo, que las cosas iban rematadamente mal. Que ella se había enterado de que era yo el que la seguía, desde el aeropuerto Kennedy.

Menuda vista tenía la pájara.

Lancé un gruñido.

—Supongo que sabéis que esa víbora es Stella Barness —dije.

—Pues claro...

—¿Y pensáis protegerla?

—Ése es un asunto que hay que aclarar.

Había hablado el de la izquierda.

Angelito...

Ya saben ustedes que yo tengo mucha paciencia y que lo aguanto todo, pero esta vez mi paciencia se acabó. Le largué tal rodillazo al tío, en un sitio que me callo, que la placa se le puso por corbata. Lanzó un grito que pareció el anuncio de la película de un cine que teníamos al lado. En el cartel se veía a un tío perseguido por tres señoras descomunales y sin apenas nada encima. El título era: *¡Ay, que me matan!*

Pues eso fue más o menos lo que gritó el federal.

El otro me dijo:

—Tu padre.

Le contesté amablemente:

—El tuyo más.

Por si acaso.

Mi frase inocente y suave, como todos ustedes habrán podido observar, debió sentarle mal al tío. Me largó un mandado a la mandíbula que me alcanzó de lleno, y por poco me cambia tres dientes de sitio.

Pero yo conocía bien a los agentes del FBI. En vano había sostenido cordiales relaciones con ellos, de sala de urgencias en sala de urgencias, cuando estaba en la Brigada de Homicidios de la Metropolitana.

Sabía que no pegan un segundo guantazo hasta ver el efecto que

ha producido el primero, porque tienen orden de no matar a nadie en la calle. Dentro de un ascensor, ya hubiera sido distinto. Y como yo disponía de unos segundos de respiro, los aproveché.

Mi primer enemigo aún seguía dando saltos a la pata coja en la parada del autobús. La gente que llevaba largo rato esperándolo, gritaba:

—¡Qué se cue!a! ¡Qué se cue!a!

Despreocupado ya del primer enemigo, me lancé, pues, a por el segundo, el que me había dado masaje dental. Lo de ser cinturón negro me sirvió, aunque el tipo tampoco era manco. A costa de sentir que todos mis huesos crujían, lo dejé medio enrollado en una farola.

Pero el primero ya venía a por mí.

Los del FBI y demás servidores de la ley, tienen una máxima: «Si te atizan en el... etcétera izquierdo, tú les atizas en el derecho».

Y el tío me atizó.

Y ahora el que empezó a saltar a la pata coja fui yo. La gente del autobús, que aún no había subido, gritaba:

—¡Otro! ¡Otro! ¡Otro!

Los federales entendieron que la voz del pueblo estaba pidiendo que me atizaran otra vez.

Ahora me alcanzaron los dos. Fue lo que se dice un doble castañazo por suscripción popular. Di dos vueltas sobre mí mismo y me estrellé contra el parabrisas de un coche mal aparcado. Por poco me trago el boletín de multa.

Inmediatamente me clavaron un revólver en la nuca, uno de esos temibles «quitapenas» reglamentarios del FBI. Yo estaba tan aturdido por los dos golpes, que no pude reaccionar. En aquel momento se acercaba al bordillo un bólido azul, que no intentaba disimular para nada. En las puertas se leía: «Departamento de Justicia».

Una mano fue hacía mi solapa.

Nunca he visto habilidad tan grande.

Mí «Colt», calibre especial, con el que tanta felicidad he repartido, desapareció de la funda sobaquera y fue al bolsillo de uno de los federales. Intenté protestar, pero no me sirvió de nada. Me estaban metiendo ya en el coche azul, agarrándome por el fondillo de los pantalones.

Yo soy muy quisquilloso en esos asuntos.

Eso de que un tío me toque los pantalones, me da mala espina. Uno nunca sabe. Ni siquiera en el FBI.

Le largué tal coz al interfecto, que entró de golpe en una de las cabinas telefónicas. Pero eso no me servía de nada. Yo ya estaba dentro. El coche salió a gran velocidad y noté con desesperación que perdía a Stella Barness.

Después de todo lo que había hecho... Después de tener el triunfo al alcance de la mano... ¡Aquella maldita perra rabiosa se me iba, sin que yo hubiera podido ni siquiera largarle un pellizco!

La carrera fue breve. Me di cuenta de que me llevaban, a lo largo de la misma Calle Cuarenta y Dos, a la Segunda Avenida, en el elegante East Side. Una vez allí entramos en el garaje privado de un modesto edificio de cinco pisos.

Supe donde estaba.

Me habían metido en la «nevera».

La nevera era la asesoría jurídica especial del departamento de Justicia, y recibía ese nombre porque en ella quedaban «congelados» todos los asuntos.

Uno de los federales (me había encontrado con dos más, dentro del coche azul) ordenó secamente:

—¡Sube!

No pude oponerme porque todo aquello era legal, tan legal que daba asco. Después de haber perdido el rastro de Stella Barness, después de mi fracaso, ya nada me importaba nada. Sólo sentía unos deseos vehementes de escupir, pero no encontraba a mano una escupí diera (quiero decir una cara), que me pareciese lo bastante importante.

Después de atravesar dos antecámaras, me llevaron a un despacho grande y suntuoso, donde estaba sentado el poderoso Edwin J. Patterson. Yo conocía muy bien al poderoso Edwin J. Patterson. En otro tiempo estuvimos en muy buenas relaciones, porque me acordaba de sus familiares al menos una vez por hora. Fue el hombre cuyo dictamen decidió que yo fuera expulsado de la Brigada de Homicidios. Un poco más y no puedo ejercer tampoco como detective privado, ya que igualmente tuve su dictamen en contra.

Para quienes no lo sepan, les diré que la organización legal de

los Estados Unidos es extremadamente complicada. Existen los tribunales, como en todas partes, y los jurados, y los chanchullos, y las sentencias, y todo lo que ustedes quieran. A partir de ahí, sin embargo, la cosa se complica porque existen los Tribunales Supremos de cada Estado, y luego el Tribunal Supremo Federal. Cada Estado tiene sus propios polizontes y el Gobierno general, es decir el de Washington, tiene para todo el país a los mejores perros de presa que se han fabricado en las cocinas del Tío Sam, es decir, a los federales. Los federales sólo pueden intervenir en según qué delitos, normalmente los que afectan a más de dos Estados, pero la cosa no está clara en la práctica. Tampoco lo está la de los Tribunales Supremos, que se inmiscuyen unos en otros. En fin, con esa ligera pincelada y con lo que ya saben de los fiscales de distrito, que muchas veces son unos simples políticos, podrán tener ustedes una idea de lo fácil que resulta en este país que alguien con poder legal le prohíba a uno mover un dedo.

Yo no había chocado con los tribunales, pero, en cambio, había chocado con el poderoso Edwin J. Patterson. Verán. Aparte de todo el lío que les he explicado, el presidente de los Estados Unidos tiene su propio consejero de Justicia, el cual le suele decir, si las órdenes que parten de la Casa Blanca son constitucionales o no, a fin de evitar que la gente sospeche que el presidente del país no conoce la Constitución. Ese consejero de Justicia tiene, a su vez, un gabinete, y en esta ocasión uno de los jefes del gabinete era Edwin J. Patterson. Había sido juez, pero ahora las cosas le iban mucho mejor trabajando en la «nevera».

Le miré.

Iba muy bien vestido.

Era calvo.

Era gordo.

Era ciego.

Lo de la ceguera lo sabía yo desde sólo dos años antes, porque el asunto solía mantenerse en secreto. Por eso le saque la lengua, aún exponiéndome a que el fulano hubiera recobrado la vista y me clavase un punterazo donde yo ya había tenido mi ración de aquella mañana. Me dieron un empujón y me hicieron sentar.

Edwin J. Patterson tenía una voz campanuda.

Masculló:

—Oiga, Billy Kassel, detective privado con la licencia a punto de renovar... Este asunto es grave.

—Lo sé. Y no hace falta que me amenace sugiriendo que no me renovarán la licencia. Me iré a trabajar a otro Estado.

—Pero para ese Estado... Y ahora óigame bien: Usted sabe qué clase de oficina es ésta. Damos informes sobre ciertos asuntos difíciles al consejero de Justicia, el cual, a su vez, da los informes al presidente. Puede decirse que Nixon, no toma una decisión personal sin que nosotros aconsejemos de algún modo. Y a veces nos anticipamos, de acuerdo con el FBI, o con el organismo que sea, para evitar males mayores. Éste es precisamente el caso de usted.

Le enseñé los dientes.

Menos mal que no podía verme, ni podía imaginar el inmenso cariño que yo estaba sintiendo por él.

—¿Qué males mayores? —barboté.

Él no me hizo caso.

—El presidente está enterado de lo que ha ocurrido en el aeropuerto Kennedy y aún no ha tomado una decisión —dijo—. La situación es delicada. Le hemos sugerido que se ponga en contacto con el emir de Karawatt, al cual puede exigir justicia implacable o puede sugerir una actitud moderada. Nada podemos hacer, sin oír al írtenos a uno de los hombres que tiene una de las llaves mundiales del petróleo. Lo que haya que hacer con esos tipos que han realizado una matanza, está por decidir. En todo caso no puede dejarse al arbitrio de un tipo como usted, un simple detective privado. ¿Quién le ha encargado de este asunto?

Hice una mueca.

Sabía que aquél era mi punto flaco.

—Sullivan —dije.

—Sullivan no tiene autorización para esto —dijo triunfalmente Edwin, que era uno de esos fulanos que siempre están con los decretos en las narices—. Por lo menos debió pedir la licencia del gobernador del Estado.

—Me dijo que la pedirla.

—Y lo ha hecho. Pero el asunto había llegado ya al presidente y él es quien debe decidir. Con una gran rapidez, hemos aconsejado que no se precipite. Proba fijamente se encargará del asunto el FBI, pero usted no puede. Olvídese de las palabras de Sullivan, que es un

don nadie.

—Sullivan es un hombre como yo —barboté—, un hombre que ha visto aquella matanza y se ha dado cuenta de que había que obrar con rapidez. No tenía a mano a nadie más bestia que mi menda y me ha prometido llenarme al buche con oro si le traigo a esos tres hombres y a la mujer convertidos en gelatina. Todo tan normal que no sé a qué viene esto. Ni sé a qué esperan para tomar una decisión.

—El asunto es grave, ya se lo he dicho —murmuró Edwin J. Patterson—. No Se puede dejar todo al arbitrio de un indocumentado. Cuando usted haga una cosa, será una cosa irreparable.

—Y tan irreparable —barboté—. ¿O cree que lleve balas blindadas para rascarme los dientes con ellas?

El tío se enfadó.

Hay que ver cómo se pone la gente, cuando uno habla de que está dispuesto a dar trabajo a las funerarias.

Dio un puñetazo a la mesa.

—¡Kassel, maldito! —aulló.

Yo di otro puñetazo más fuerte.

Lástima que no pude cazar debajo las manos del tío.

—¡Patterson, maldito! —Retruqué—. ¡Dígame por qué ha atendido la llamada de esa zorra! ¡Dígame cómo sabía ella este número!

—Ella conocía el número de la sección del FBI en Nueva York, como cualquier ciudadano que quiera preocuparse de ello. —Me contestó, poniéndose más suave.

—¿Es que ha tenido el cinismo de telefonear al FBI? —barboté.

Hay cosas que no me entran en la cabeza, aunque les aseguro que los criminales norteamericanos son los más aficionados a las leyes, cuando la cosa les conviene. Los malditos se las saben todas. Pero aquello era demasiado. ¡Demasiado!

—Sí —dijo, con calma glacial, el exjuez—, puesto que usted estaba cometiendo un acto ilegal al vigilarla. Esa mujer ha salido de la cárcel en virtud de una orden del alcaide. Y aún no se ha dictado nueva orden de detención contra, ella.

Tanto legalismo a favor de una asesina me parecía Increíble.

—Es un simple trámite —barboté.

—No es un simple trámite, puesto que el mismo presidente de los Estados Unidos debe tomar una decisión según el cariz del asunto. Los federales me han llamado enseguida a mí para saber si había ya alguna orden concreta, y les he tenido que decir que no. En esas condiciones debía suspenderse la intervención de usted, y eso es lo que se ha hecho. Vaya a su casa y tómese un jarabe para el dolor de vientre, Kassel. No tengo más que decir.

Yo sí que tenía algo más que decir.

Fui a saltar sobre él.

Si le cazaba, le devolvía la vista de golpe.

Pero, cuando iba a brincar de la butaca, cuatro manos me retuvieron a la fuerza. Me di cuenta de que los gorilas del FBI seguían a mi espalda. Ellos cumplían órdenes y yo me tenía que conformar. Pero con voz velada dije:

—Debería usted reconocer que las órdenes de Sullivan, alto jefe de la policía de Nueva York, como usted sabe, eran muy sensatas: seguir a esa mujer hasta que enlazara con los tres asesinos que quedan vivos. Era el único modo de conseguir su pista actual. Y usted ha cometido un error insalvable con su consejo jurídico, Patterson de las bellotas. Ahora esa mujer está perdida en la selva de Nueva York y jamás volveremos a encontrar su rastro. Si cree que ha sido fácil seguirla desde el aeropuerto Kennedy, se equivoca. Y ahora oiga también esto juez Ojo-De-Lince: le hago responsable de la fuga de esa mujer. Si la operación fracasa, usted la ha hecho fracasar con sus malditas manías legales. Llegaré hasta donde sea para hacerle pagar cara su decisión, consejero Vista-Larga. Y ahora devuélvanme mi revólver. Tengo licencia para usarlo.

Me lo devolvieron.

Allí, dentro de todo, eran respetuosos con la ley.

Edwin J. Patterson no podía verme, pero me dedicó una sonrisa de superioridad absolutamente burlona.

—¿Para qué quiere su revólver? —musitó—. ¿Pretende matarme?

—No. No me atrevo a disparar contra usted, porque podría fallar la bala y dejarle ciego —dije, con una crueldad que a mí mismo me dio asco. Pero les juro que en ese momento no pude evitarla.

Él no se ofendió. Estaba teniendo conmigo mucha paciencia. Sin olvidar aquella sonrisa burlona, dijo con desprecio:

—No piense que esa mujer va a escapar. Ella ha cometido un terrible error y va a pagarlo.

—¿Qué error?

—Por lo visto usted ha conseguido algo que reconozco no es fácil de conseguir: hacerle perder los nervios. Al plantear a los federales la cuestión de que legalmente estaba en libertad, ella misma se ha puesto al descubierto. Ahora dos federales la están siguiendo. No podrá dar un solo paso sin estar controlada.

Respiré hondo.

Bueno, no dejaba de ser un consuelo.

Ella acabaría cayendo, de todos modos, en la red. Puse el revólver en la funda sobaquera y escupí sobre la mesa. Edwin J. Patterson, que no podía verlo, preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Nada —dije con desprecio, mientras me dirigía hacia la puerta—. Que hay una gotera...

CAPÍTULO VI

De ese modo, fue como me encontré otra vez sin trabajo y sin un cochino dólar. Había perdido el tiempo. Había dejado además libres, por la fuerza, a los criminales más repulsivos que llegué a conocer jamás.

Entonces me encontré a aquel tipo en la puerta.

Era alto como yo.

Era fuerte.

Era una especie de Cassius Clay.

Pero a lo bestia.

Su traje empezaba a necesitar ya un repaso de tintorería y su sombrero de ala demasiado ancha estaba pasado de moda. Parecía un policía de los años treinta. El bulto que se formaba bajo una de sus solapas indicaba que no sólo llevaba allí una especie de pistola ametralladora, sino instrumentos para limpiarla, unas cuantas piezas de repuesto y un folleto de explicaciones. El fulano debía pesar cosa de dos kilos más de un lado que de otro.

Pero quizá ya va siendo hora de que se lo presente.

El Cassius Clay a lo bestia que ahora me sonreía desde la puerta de la calle es un viejo amigo de ustedes.

Les presento a Coney.

Ya saben ustedes que en la Brigada de Homicidios formamos una pareja llena de serenidad y de elegancia, hasta que nos echaron. Nos movíamos con tanta rapidez que algunos detenidos nos llamaban el dúo dinámico. Creo que más de un dentista habrá llorado nuestra marcha. En fin, son cosas que pasan, ya saben ustedes. La cuestión era que Coney estaba en paro desde las mismas fechas que yo, con la diferencia de que él no tenía estudios y no pudo llegar a ser detective privado.

Pero nunca me pidió dinero, a pesar de que se lo ofrecí varias veces.

Nos veíamos de tarde en tarde.

Ahora avanzó hacia mí.

Me dijo:

—Hola, muchacho.

—Hola, Coney.

—Creo que ha llegado el momento de que te diga en qué trabajo, Billy Kassel.

—¿En qué?

—Varios establecimientos de la Calle 42 me pagan para que los proteja.

—No me digas...

Coney me enseñó unos dientes de los que sólo se ven a la hora de comer en la jaula de los leones.

—La esquina en que aquellos tipos se te han puesto duros es mi esquina —dijo—. Lo he visto todo, pero no he intervenido por no desmerecerte. Me ha parecido que les cascabas a los dos.

—Pché... —dije—. No he querido hacerles daño.

Coney frunció el ceño, como si se arrepintiera de algo.

—Cuando he querido ayudarte, ya era tarde —dijo.

—¿Y cómo has sabido adónde me traían, Coney?

—Lo he imaginado. Conozco a uno de los federales que te han detenido, y sé que sirve de enlace entre el Departamento de Justicia y esta oficina.

—Eso no me sirve de gran cosa, Coney, aunque Si vienes a darme el pésame te lo agradezco. El entierro de Edwin J. Patterson será un día de éstos.

Le ofrecí un cigarrillo y echamos a andar. No tenía ganas de nada. Me parecía ver de nuevo las escenas terribles del aeropuerto y sentía que mis nervios vibraban. Pensar que todo aquello podía haber terminado así en virtud de una «orden legal» me sacaba de quicio, me hundía para siempre.

Coney gruñó:

—Tú perseguías a la mujer que ha telefoneado desde aquella cabina.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con sorpresa.

—Por algo te conozco, y por algo la he reconocido a ella. Es Stella Barnes, aunque haya querido cambiarse un poco.

—Justo. Es ella...

Coney volvió a sonreír.

—Me he esperado un poco sabiendo que te hacía un servicio —dijo—. He visto que subía en un taxi y que dos federales la seguían. Los dos federales tenían un coche gris, de los que pasan desapercibidos, en la manzana posterior. No creo que la pierdan de vista, aunque dé la vuelta a Nueva York tres veces.

—Eso no me soluciona gran cosa, Coney —dije—, aunque te lo agradezco mucho. Soy yo el que ha fracasado. ¿Qué me importa lo que hagan los federales?

—Verás... Es que conozco al taxista. Ya te he dicho que aquélla es mi esquina. Nadie se mueve en aquel sector sin que yo lo sepa.

Lo contemplé, con renovada admiración. Yo ya sabía que la Calle 42 tiene sus propias leyes, pero no creía que parte de esas leyes las manejara Coney. A lo mejor el tío también cobraba para proteger a los conductores de taxis.

—Me llamará indicando el sitio en que la haya dejado —musitó—. Le he hecho una seña y me ha entendido. En este momento hay noventa probabilidades sobre cien de que ya tengamos un mensaje en mi oficina. Vamos.

Casi di un salto.

Aquello, para mí, era volver a vivir.

Ni que decir tiene que fuimos a su oficina.

Tuvimos que entrar en ella casi a cuatro patas.

Me gustaría que ustedes la imaginasen.

Para llegar a la mesa, la silla y el teléfono, hacía falsa realizar excavaciones entre montañas de botellas vacías, facturas por pagar, revistas de chicas que se probaban medias, ropa sucia, zapatos desparejados y corbatas con los lazos ya hechos como si uno los fuera a usar para ahorcarse. Coney, desde que le echaron de la Brigada de Homicidios, se movía a gusto allí. Dentro de un zapato estaba el cepillo de dientes, pero eso era lo de menos. El chico estaba progresando; era un poco más ordenado que cuando le conocí.

Además, tenía razón al suponer que tendríamos ya un recado al llegar a la oficina.

El teléfono estaba sonando.

Aparté unas ligas de mujer ya algo pasadas de moda, me enredé con unos sostenes, empecé a maldecir pensando en la clase de

mujeres que él debía recibir allí, y al final pude atrapar el teléfono. Coney me lo quitó de las manos.

—¡Diga!

Una voccecita atiplada partió del otro lado del hilo.

La oí perfectamente.

—¡Hola, macho...!

—Hola, piñoncito. Dime dónde has llevado a aquella tía.

—¡Uy! ¡Ha sido de espanto...!

—Ya sé que hubieras preferido llevarme a mí, cariño, maldita sea la boca que heredaste de tu madre Pero dime dónde has llevado a aquella guarra antes de que me canse y te envíe al Manitas. Sí... El que por poco rompe el cuello a tu novio, la semana pasada.

Comprendí que, en aquella esquina de la Calle 42, Coney se codeaba con lo más selecto de la sociedad de Nueva York. Comprendí, también, que el taxista debía ser un pájaro de cuenta. Pero era la única carta con que contaba para encontrar de nuevo la pista de Stella Barness, de modo que seguí escuchando.

—La he dejado en el gasómetro de Burlington —dijo la voz, que seguía llegando hasta mí perfectamente—. Llamo desde allí.

—¿La han seguido los federales? —preguntó Coney.

—Claro...

—Gracias... Ya puedes volver a tu trabajo. Nosotros vamos para allá.

Coney colgó.

Yo le hice una seña.

—Tú no —dije—. Éste es un asunto mío. Quiero caer encima de esa mujer, si los del FBI fallan, pero lo haré yo solo.

—De acuerdo —dijo Coney—. Sé lo bestia que eres cuando te metes en un trabajo, pero toma mi número de teléfono. Está en esta tarjeta. Si me necesitas llámame, porque no pienso moverme de la oficina hasta medianoche.

Eché un vistazo a la tarjeta.

Decía:

«Agencia La Confianza. Propietario: E. Coney. Amplias instalaciones. Numeroso personal a toda prueba. Central telefónica automática. Trabajamos las veinticuatro horas del día. Servicio de bar. Rebajas a las señoras. Encomiéndenos sus pesquisas de importancia.

Estamos especializados en chanchullos matrimoniales y búsqueda de perros. Pruebe y se convencerá. También damos clases de judo y protegemos a nuestra distinguida clientela».

A continuación estaban las señas y el teléfono. También había, como marca de la casa, un zapato de señora con tacón muy alto, sobre el cual estaba dibujado el signo \$.

—Se ve que tu agencia es muy importante —dije—. No sabía que te habías establecido y que habías llegado tan alto.

—Pché... Ahora lo encuentras todo un poco desordenado, pero es porque las secretarias no han venido a trabajar. Además son unas descuidadas. Se lo olvidan aquí todo.

Me quitó los sostenes que yo había desenterrado antes, y gruñó:

—Verás... Es que he de devolvérselos. De lo contrario, creo que tendría un lío con el sindicato.

Me metí la tarjeta en el bolsillo, y salí de la importante oficina.

Mi aventura continuaba. De nuevo estaba sobre la pista de aquella maldita Stella Barness.

Pero yo tenía miedo de una cosa. ¿Saben de qué?

De encontrarme con el taxista que la había llevado hasta allí. Y es que en este condenado mundo todo se pega...

CAPÍTULO VII

No sé si ustedes conocen el gasómetro de Burlington. Está en el extremo oeste de Long Island, en una pequeña zona aislada, arenosa y más bien sórdida, y hace ya varios años que no funciona. Por las cercanías hay edificaciones de todas clases, muchas de ellas elegantes, pero el sector del gasómetro se ha ido convirtiendo en una especie de vertedero donde se reúnen maleantes de todas clases. No creo que por las noches fuera divertido acercarse allí, ni siquiera para un tío como un servidor de ustedes.

No fui en un coche porque el tráfico me hubiera hecho perder mucho tiempo, y cada minuto contaba. Quizá cuando yo llegase ya no estaría Stella en la zona de Burlington. Por eso me hice con la moto de Coney, una «Yamaha» de quinientos centímetros cúbicos sobre cuyo depósito se leía claramente:

«Flota de la agencia La Confianza. Vehículo número Uno».

El vehículo número Dos, según me había dicho Coney, consistía en una carretilla para transportar los muertos.

Yo le animé, diciéndole que por algo se empieza, y que Al Capone aún tenía menos al principio de su carrera.

Pero mientras rodaba a gran velocidad hacia Lona Island ya me había olvidado de todo eso.

Gracias a la «Yamaha» podía filtrarme por entre el tráfico y adelantar lo que con un coche no adelantaría nunca. Llegué así a Burlington, dejé la moto escondida en un edificio en construcción y me introduje por la zona del viejo gasómetro.

No me fue difícil distinguir un coche gris, detenido en una calle que no llevaba a ninguna parte. Había sido una calle donde antaño estuvieron las galernas de servicios, y donde ahora no existían más que tubos oxidados, postes rotos, latas vacías y hasta esqueletos de gatos. Un aire de silencio y de soledad flotaba allí, como si uno estuviera muy lejos de la gran ciudad. La enorme mole del

gasómetro, que ahora estaba vacío, lo tapaba todo como una amenaza. Al menos por allí, uno tenía la confusa sensación de que aquella mole acabaría desplomándosele encima, de un momento a otro.

Me acerqué al coche.

Imaginé que los federales estarían siguiendo a pie a la fugitiva. En una zona tan desierta ya no valían los disimulos. Supuse que quizá los encontraría muy lejos de allí.

Pero narices.

Estaban muy cerca.

Me bastó ver el techo del vehículo materialmente acribillado a balazos, para saber lo que había sucedido. Los dos pájaros eran muy sabios, eran muy expertos y habían aprendido una montaña de cosas en la escuela de Quántico, pero nadie les enseñó a detener con sus huesos una rociada de balas. Y eso era lo que había ocurrido. Apenas detuvieron el coche, cuando una ráfaga de ametralladora los pulverizó desde lo alto del gasómetro.

Mis dientes rechinaron.

Jamás había visto tanta salsa de tomate como en el interior de aquella lata marca «Chevrolet». Todo estaba perdido de sangre. Los dos jóvenes estaban muertos, casi uno encima de otro, como si al que murió después hubiera intentado hacer servir de parapeto al otro.

Inmediatamente comprendí que yo también estaba listo.

Seguro que me apuntaban desde el gasómetro.

Tengo buenos reflejos desde que me dedico a huir de las mujeres celosas, y eso me salvó. Rodé materialmente bajo el coche, mientras picoteaban las balas. Lo peor fue que no oí para nada el ruido de la ráfaga.

Disparaban con un silenciador muy perfecto. Allí podían liquidar a un regimiento sin que se enterase nadie. Por eso la muerte de los del FBI no había sembrado la alarma.

Tuve el acierto de situarme bajo el asiento delantero y, por tanto, bajo los cadáveres, ya que de lo contrario me habrían dejado seco también a mí. Las balas atravesaron todo el vehículo, desde el techo hasta el suelo, y se hundieron en la tierra. Pero las que chocaron en los cadáveres se empotraron en ellos, sin llegar más allá. Como yo estaba debajo, no sufrí daño alguno.

Permanecí quieto.

El buitre que había disparado, tenía que pensar que yo estaba liquidado también.

Saqué mi calibre especial y aguardé. Al cabo de un par de minutos, vi un individuo que salía de detrás de una pared semiderruida, Pero no podía ser el que había disparado desde lo alto del gasómetro, porque no hubiese tenido tiempo de bajar tan aprisa.

Mis enemigos, en consecuencia, eran al menos dos.

Eso sin contar la chica.

El fulano se inclinó para ver mi cadáver y yo le saqué la lengua, de tal modo, que le debí enseñar hasta las amígdalas. Antes de que reaccionara, ya le había clavado una bala entre los ojos.

Cayó bacía atrás, sin lanzar ni un gemido.

Pero el de arriba tenía que haber oído la detonación, de modo que volvería a disparar en cualquier momento.

Todo dependía de unos segundos.

Y de mi rapidez.

Asomé por un lado del coche, panza al aire, sujetando el revólver con las dos manos. Sobre mi cabeza estaba el cielo y estaba además el gasómetro, como si fuera a desplomarse sobre mí. Vi al hombre que aparecía en lo alto, como si colgara del espacio. Me pareció que estaba a una infinita, a una inconmensurable altura. Entre sus brazos, brillaba el cañón pavonado de la metralleta.

Resultaba muy difícil apuntar panza arriba.

Pruébenlo ustedes.

Uno pierde el sentido de las dimensiones normales y no sabe cómo situar el cañón del arma. En cambio, el tipo de la metralleta debía verme perfectamente bien. Me tenía a sus pies, como un escarabajo.

Todo dependía de nuestra rapidez, de nuestra mala baba.

Yo tengo más de las dos cosas.

Hice tres disparos, siempre sujetando el revólver con ambas manos, y creo que fue la tercera bala la que le alcanzó. Oí un alarido, y empezaron a caer cosas desde lo alto del gasómetro.

Primero una caja de balas.

Segundo, la metralleta.

Tercero, el tío.

Tuve ganas de felicitarle.

Un poco más, y bate el récord mundial de caída libre.

El cráter que abrió en el suelo fue de los que llaman la atención, incluso a un arqueólogo. La papilla en que quedó convertido daba cierta náusea, pero, de todos modos, le sujeté por los cabellos y le alcé la cabeza.

No le reconocí. Aunque de lejos, yo había visto más o menos las facciones de los asesinos del jeep, y *éste no era de la tribu. Debía ser, como los otros muertos, un guardaespaldas al que habían situado allí para vigilar la operación. Los auténticos peces gordos, aún continuaban a salvo.*

Y entre ellos Stella Barness.

¿Dónde infiernos se había metido aquella maldita? ¿Para qué había venido a Burlington? ¿Qué era lo que estaba preparando, allí?

Miré hacia lo alto del gasómetro.

Y entonces la vi.

A la muy condenada.

A la muy guaira.

A la muy señora estupenda.

Se hallaba en el borde mismo del inmenso depósito, justo donde antes había asomado el buitre de la máquina «quitapenas», con silenciador. Stella Barness pudo haberme matado muy bien si llega a tener un arma de precisión, pero, por lo visto, no la tenía. Las balas que me dedicó sonaron a «Browning» algo escacharrada, una «Browning» de cañón corto. A pesar de que debió apuntarme bien, se hundieron en el suelo a tres pasos de distancia.

Lancé una imprecación.

Me hubiese gustado acabar con ella.

Lo juro.

Y nunca la había tenido tan bien.

Pero necesitaba conservarla viva porque Stella Barness era mi única conexión con los asesinos del aeropuerto. De modo que me dirigí hacia las escalerillas y empecé a subir. Eran unas escalerillas pegadas a la pared metálica como las que se usan en las chimeneas, y había que emplear manos y piernas. Eso significaba que mientras subía no podía disparar de ningún modo.

Había hecho una cuarta parte del camino, cuando me di cuenta de que acababa de equivocarme. Llegaría arriba reventado... si

llegaba. Porque ella podría tirotearme perfectamente sin que yo lograra contestar.

Miré hacia arriba.

Y la vi en el borde mismo, apuntándome. Desesperadamente me colgué de uno de los peldaños de hierro y oscilé como el péndulo de un reloj, tratando de ofrecer el menor blanco posible. Las balas se siluetearon, una a la derecha y otra a la izquierda, mientras yo oscilaba en sentido contrario.

Nunca he sudado con tanta angustia.

Nunca mi propia saliva me ha parecido tan amarga.

Pero, o ella estaba muy nerviosa y por eso no acertaba, o la «Browning» de cañón corto servía para tirar en un salón, mientras la gente tomaba el té. No me acertó y se escondió de nuevo en lo alto del depósito. Yo aproveché la pausa para subir más velozmente aún, mientras mis pulmones empezaban a quemar.

Yo, por ir detrás de las mujeres, he subido a muchos sitios.

Menos a casa de sus padres.

Ése es un lío por el que todavía no he llegado a pasar.

Pero un sitio al que no había subido jamás detrás de unas faldas, es a un gasómetro. Cuando llegué a la mitad, ya estaba reventado. Y me di cuenta de que si ella volvía a disparar, teniéndome ya tan cerca, no fallaría.

Busqué, entonces, algo que me salvara, y lo encontré. Era un hueco en la estructura metálica del viejo gasómetro. En aquel hueco, a través del cual silbaba lúgubrementemente el viento, cabía mi cuerpo. Me colé por él mientras, inmediatamente, oía el crepitar de las balas.

Me hubieran cazado, caso de estar yo en el mismo sitio.

Ahora no se trataba de una «Browning». Por el sonido me pareció un rifle calibre 22, que quizá tenía mira telescópica y todo. Aquella condenada de Stella Barnes estaba empeñada en ir a mis funerales, aunque para eso tuviera que ponerse medias negras.

Atravesé por el hueco la estructura metálica del gasómetro, pasando por entre hierros retorcidos y oxidados, hasta salir a la parte interior. Allí había otra escalerilla que también se remontaba a las alturas.

Puesto que mi enemiga me esperaba por fuera, yo subí por dentro. Tenía que obrar con rapidez, antes de que se diera cuenta

de que no me había matado. Saqué fuerzas de flaqueza y trepé en un tiempo récord, haciendo en unos minutos lo que para otro hombre quizá hubiera significado media hora.

Me apoyé en el borde superior.

Jadeaba.

Mis pulmones abrasaban, pero poco a poco me rehíce. A mis veintiocho años no soy, ni mucho menos, un viejo. Tendido entre unos hierros oxidados aguardé sin oír nada, excepto el silbido agorero del viento.

Se tenía la sensación de estar atado a las alas de un avión sin motor.

Al sentirme mejor, me deslicé entre aquellos hierros, saliendo al estrecho pasillo que contorneaba la parte superior del gasómetro. Allí había existido, en otro tiempo, una barandilla, pero ahora estaba destrozada.

De pronto, apreté los labios con una mueca de ira.

Tenía a poca distancia a Stella Barness, pero no estaba sola. Un hombre armado con un rifle calibre 22 la acompañaba, y ambos miraban hacia abajo. Debían estar hablando de si *me* habían liquidado o no y haciendo cálculos sobre el sitio donde estaría mi cadáver.

De pronto, salté.

Podía cazarles perfectamente a los dos.

Pero el hierro en que yo había apoyado mis pies falló de una manera estrepitosa y quedé colgando en el vacío. No sé si lancé un grito o le dije a Stella Barness que la encontraba muy buena. Todo podría ser. Lo cierto fue que me sujeté con la mano izquierda u un borde de la estructura metálica, mientras el tipo del rifle se volvía, con los ojos congestionados de odio.

Pudo hacer fuego.

La bala rebotó en el metal, a media pulgada de mi cuerpo, mientras yo apretaba el gatillo también.

No es tan extraño que un hombre como yo, que siempre ha estado haciendo equilibrios, acierte cuando esté en la cuerda floja.

Le di de lleno en el vientre y oí su aullido estremecedor, como si el viento lo trajera de muy lejos. Soltó el rifle y vaciló al borde del abismo.

Un instante después caía con su arma, desplomándose encima

del coche de los federales. Fue una lástima, porque hundió el techo y no permitió que el Gobierno vendiera el coche en un mercado de segunda mano. Quizá con los dos cadáveres dentro, le hubieran dado algo. Los trajes de los muertos estaban en buen uso.

La mujer se había llevado las manos a la cara.

Vio caer, aterrada, al hombre que la defendía.

Ahora estaba sola ante mí. Tenía, efectivamente, una «Browning» de cañón corto, pero le sirvió de bien poco ante mí «Colt» calibre especial. Le envié una bala blindada que le dejó ensangrentado el pulgar de la mano derecha. Por supuesto que aquel cacharro, con el cual pensaba eximirme del pago de impuestos, quedó hecho trizas.

Ya no podía defenderse.

Me vio avanzar.

Sus párpados temblaban.

Lamenté que me estuviera prohibido matarla. Yo soy un tipo muy moderno, completamente partidario de la igualdad de sexos, en el sentido de que lo mismo me importa cargarme a una señora que a un caballero. Ahora, sin embargo, tenía que estar quieto.

¿Quieto?

El guantazo que le clavé en la cara, hizo que levase los pies del suelo. Materialmente, voló. Se fue hacia el abismo.

Hice un gesto de indiferencia.

Una zorra como aquélla, tenía que resultar muy cara.

No me extrañó que estuviera por las nubes.

CAPÍTULO VIII

Fue una especie de gesto reflejo el que me hizo salvarla en la última fracción de segundo. Les juro a ustedes que una mujer de ese calibre me daba asco, que no me hubiera importado verla formar un cráter en el suelo, al igual que los otros muertos.

Pero la sujeté materialmente en el aire, mientras ella chillaba. De un zarpazo le desgarré el vestido. Luego la hice rodar a mis pies mientras la contemplaba con una mezcla indefinible de admiración y de asco.

No sé por qué lo hice.

Pero empecé a puntapiés con ella.

Rabiosamente.

Ansiosamente.

Deseando matarla.

No sé si Stella Barness se quejó. Yo creo que no lo hizo. Era una de esas zorras que ya han hecho de todo en la vida y que aguantan lo que les echen. De pronto me detuve jadeando, viéndola tendida a mis pies, con el vestido roto, mostrándome sus fantásticas piernas, sus senos torneados como los de una diosa, sus ojos aterciopelados en los cuales aún palpitaba el brillo de la primera juventud. Eso era lo peor: la primera juventud. La sensación de inocencia que daba una puerca como ella, que sólo había nacido para el mal.

Yo había guardado mí «Colt».

Tenía las manos libres.

La levanté con ellas.

Fui a escupirle a la cara, fui a gritarle todo mi odio y todo mi desprecio.

Pero no pude.

¿Qué infierno me estaba ocurriendo?

¿Eran sus ojos?

¿Pero desde cuándo se fija solamente en los ojos, un tipo como

yo?

Quizá eran sus piernas.

Bueno, lo que fuese.

El caso fue que la besé. Que la besé con rabia, con ansia, con dolor, con fuerza, con asco y con rabioso deseo a la vez. La estreché de tal forma, que el viento estuvo a punto de hacernos caer a los dos. Vi su boca abierta como una fresa salvaje y no pude evitar el rabioso deseo que me atormentaba.

Soy un mal bicho.

Pero yo no tengo la culpa de que siempre me pongan señoras estupendas por delante.

Luego la dejé caer.

Ella no se había quejado:

Me pareció que las piernas no la sostenían.

Y es que aún hay categorías, besando. Yo las derrito a todas. Después de una sesión se les doblan las rodillas. No pueden.

Mientras que yo tan fresco...

Por poco me caigo.

Al que no le sostenían las rodillas, era a mí.

Ella barbotó:

—¿Pero qué te pasa?

No lo sabía aún. Hubiera sido difícil explicarlo, porque además se precipitaron los acontecimientos. Lo único que comprendí instantáneamente fue la razón de que hubieran escogido, para establecer contacto, un sitio tan alto como un gasómetro.

El ruido de aquel avión fue el primer aviso.

Me volví.

Pero era ya demasiado tarde.

CAPÍTULO IX

Se trataba de un aparato prehistórico, de un biplano modelo 1930 un «Curtiss». En un museo hubiera estado bien, pero verlo volar sobre aquella zona de Nueve York me pareció increíble. Y sin embargo, no había motivos, porque aparatos de esa clase se emplean aún para acrobacia aérea (son muy seguros), y para hacer pasar anuncios sobre las playas o los parques, ya que pueden volar a baja altura con mucha más eficacia que los aparatos más modernos. Pero les confieso que, en ese momento, me asombró.

Ella, en cambio, debía estar esperando la presencia de aquel aparato.

Hizo algo que me pareció increíble.

Yo lo vi confusamente.

Del aparato había sido lanzada una cuerda de nylon que terminaba en un palo ancho, colocado horizontalmente. Era una especie de trapecio. El avión, que iba a muy poca velocidad, calculó perfectamente la distancia para que la cuerda acariciara casi los cabellos de Stella Barness.

Ella se sujetó al palo horizontal.

Quedé maravillado de la fuerza y la elegancia con que lo hizo. Un segundo después, colgaba materialmente del espacio, mientras yo llevaba impotente mi mano al «Colt». Pero el «Colt» no me servía de nada porque yo no podía matar a aquella mujer. No podía tampoco disparar contra el avión porque caso de hacerlo hubiera caído sobre zona habitada, originando una catástrofe.

Lancé una imprecación.

Había quedado con un palmo de narices.

El avión dio una larga vuelta en torno al gasómetro, alejándose cada vez más y, mientras tanto, fue izada la cuerda. Lo que estaba haciendo aquella mujer sosteniéndose en ella, en condiciones tan precarias, me pareció fantástico. Cuando la perdí de vista, al

encaramarse ella al asiento posterior, de los dos que tenía el «Curtiss», yo aún estaba con la boca abierta.

Pero al mismo tiempo me dominaba una sensación de terrible fracaso.

Ahora sí que había perdido la pista para siempre.

Nunca volvería a encontrar a Stella Barness ni a los asesinos conectados con ella. Se me acababa de ir como un pájaro. Mi chasco había sido total.

Además, necesitaba irme con urgencia de allí, porque seguramente los disparos habrían llamado la atención de alguien. De modo que descendí por la parte interior para que nadie pudiese verme, si llegaba. Descender me costó casi tanto esfuerzo físico como llegar arriba.

Paseé mi mirada por aquella especie de campo de batalla.

Me sentía avergonzado, hundido.

Cuando yo me evaporaba por entre las esquinas de los viejos edificios donde ya no había nadie, oí las sirenas de un patrullero que se acercaba. Me había salvado por muy poco. Pero conocía bien los métodos de mis excompañeros y sabía que darían una amplia redada por los contornos, de manera que tenía que evaporarme cuanto antes. Tomé por suerte un autobús suburbano que aquella mañana estaba lleno de turistas.

En el otro extremo de Long Island me apeé y me colé en una cabina telefónica. Marqué el número de Coney. Una voz la mar de servicial, me contestó:

—Aquí Agencia La Confianza. Centralita automática. ¿Qué sección desea? ¿Búsqueda de perros? ¿Facturas incobrables? ¿Protecciones? ¿Esposas fugadas? ¿Servicio de lampistería?

Por lo visto, el pobre Coney hacía de todo desde que le echaron de la Brigada de Homicidios. Hasta cambiar la voz.

Murmuré:

—No hace falta que te atormentes, muchacho. He cometido dos errores.

—El primero de ellos haber nacido. ¿Cuál es el segundo?

—Te hablo en serio, Coney. Dos errores.

—A ver. Suéltalos.

—La chica se me ha largado.

—Cuerno...

—Segundo error: He olvidado tu moto cerca del gasómetro. Puede que la policía te relacione con los muertos.

Su voz se excitó.

—¿Muertos...?

—Voy a explicarte en dos palabras lo que ha ocurrido. Óyeme bien.

Le narré muy brevemente mis desventuras, desde que dejé la «Yamaha» para seguir a pie. Me pareció que la palidez mortal de Coney me llegaba incluso a través del cable. Al final, sólo pudo balbucir:

—Habrà algún avión que salga para Pellín ahora mismo, digo yo...

—Siento lo de la moto, Coney.

—No te preocupes tanto. —Me tranquilizó—. Ya comprendo que lo que necesitabas, sobre todo, era largarte de allí. Cuando la policía venga a verme puedo justificar mi tiempo, de modo que no hay problema. Dirá que me la han robado hace cosa de una hora, y que no me había dado ni cuenta.

—Espero que haya suerte, Coney.

—La habrá; al menos en eso. No podrán probarme absolutamente nada. Y ahora dime: ¿he entendido bien lo de que esa zorra se había largado en un viejo «Curtiss»?

—Has entendido perfectamente.

—Esos aparatos aún se emplean para volar a baja altura, llevando detrás una tira de tela con un anuncio.

—Es lo mismo que he pensado yo —dije—, pero dudo que saber eso nos sirva de maldita la cosa, ahora...

—Puede servirnos. Es una pista.

—¿Una pista de qué?

—Yo protejo el hangar donde se guardan esos aviones. Sólo tienen tres.

—¿Tú también proteges eso? ¿Cuántas horas trabajas, Coney?

—Hum... Tú no sabes lo que hay que trabajar, para vivir sin dar golpe. Pero, como te decía, puedo saber quién se ha llevado ese aparato. Dudo mucho que lo hayan sacado de otro sitio. No hay otro hangar como ése en los Estados Unidos.

Una lucecita de esperanza brilló en mis ojos.

Podía ser una solución.

Cuando ya lo creía perdido todo, volvía a ser posible el dar con el rastro de Stella Barness.

Coney gruñó:

—Toma un taxi y ven a verme. Te acompañaré allí enseguida.

Colgó.

Naturalmente que tomé un taxi y fui a verle. Cuando llegué a su oficina estaba haciendo balance. Ponía las revistas atrevidas a un lado, la ropa sucia en otro, los casquillos de bala en otro, las prendas de señora un poco más allá... Lo que no vi ni por casualidad fue que en algún sitio pusiera un dólar.

—Estoy metido en más asuntos de los que crees, Kassel —me dijo—, y el de esa compañía de aviones, es uno de ellos. Vamos a echar un vistazo por allí, antes de que sea demasiado tarde.

Como la flota de la Agencia La Confianza, ya se había terminado (sólo quedaba la carretilla para transportar muertos), tomamos otro taxi y nos dirigimos a un pequeño aeroclub que hay cerca de Newark, y donde se alquilan hangares para compañías comerciales. Uno de esos hangares estaba ocupado por los propietarios de los aviones «Curtiss», según me explicó Coney durante el camino.

Mientras rodábamos, yo entrecerré los ojos. El tráfico era denso, el viaje era largo y los infernales ruidos de Nueva York llegaban hasta mí como una oscura pesadilla. Y, sin embargo, sentía sueño. Quizá era la fatiga física. Quizá mi cerebro cansado se negaba a recibir ya más sensaciones, después del brutal *shock*, a que lo tenía sometido desde aquella mañana. Pero aquella especie de sopor, aquel cansancio cada vez más intenso me obligaba a pensar. Porque, aunque a ustedes les parezca mentira, yo pienso de vez en cuando.

Dije en voz baja:

—Estaba dándole vueltas a lo de Stella Barness.

—¿Vueltas? ¿Por dónde has empezado? ¿Por las caberas?

—No seas bestia. Hablo en serio.

—¿Y qué se te ha ocurrido?

—Pensaba en los crímenes que cometió. El primero fue el atraco. Tú sabes que, durante el mismo, mató a un policía.

—¿Cómo voy a olvidarlo? Era un policía al que tú y yo conocíamos. Una vez lo echamos de la Brigada porque nos puso lejía en el café, pero a pesar de eso era un buen chico.

—Era un buen chico, quizá, pero tenía sus casillas de cerdo —murmuré—. Estaba pensando sobre él. He recordado que se le relacionó con la Mafia y con el tráfico de drogas. También se rumoreó que había protegido a pistoleros a sueldo del Sindicato del Crimen, pero no pudo probarse nada. Todo eran rumores, cosas que circulaban y que no tenían sentido o no parecían tenerlo. Pero lo probable era que el policía Gibbons se hubiera metido en algún asunto sucio. Desde protección de asesinos, a tráfico de drogas.

—¿Y qué? —murmuró Coney—. ¿Tratas de disculpar a esa zorra? ¿Vas a decirme que el crimen estaba bien hecho?

—No iba en esa dirección —susurré—. Estaba pensando, también, en el Banco atracado.

—¿Qué pasa con él?

—Era el de la Compañía Plicard, como tú sabes. ¿Y qué se había dicho de la familia de los Plicard?

Coney meneó la cabeza.

—Mil cosas —susurró—. Estaban metidos en asuntos de todas clases, y aún lo están: desde Bancos, hasta compañías inmobiliarias, pasando por casinos, salas de fiestas, compañías de seguros y quién sabe si algún burdel de mucha altura. A los Plicard se les puede encontrar en los sitios más dispares, desde una sala de juego hasta el consejo de administración de una funeraria, Pero no veo que eso signifique nada.

—Podría significar —murmuré—. Imagina que detrás de eso haya mucho más de lo que parece a primera vista. Imagina que el asalto a un Banco de Plicard, y la muerte de un policía que quizá estaba en el secreto al servicio de los Plicard, haya sido una venganza. Mejor dicho, un acto de intimidación para que se pusieran a las órdenes de alguien.

—Una lucha de negocios, querrás decir...

—Sí. Alguien quería dominar el campo de los Plicard y éstos, por descontado, no lo permitían. Entonces movió contra ellos uno de sus más sanguinarios peones para que les diera el primer aviso. Ese peón se llamaba Stella Barnes.

Guardamos un momento de silencio los dos, en parte porque resultaba difícil hablar, y en parte porque nos habíamos hundido en nuestros pensamientos. Estábamos cruzando bajo el Hudson, por uno de los túneles, y el estrépito que armaban los camiones, al

pasar por nuestro lado, era infernal. Fue al salir de nuevo al aire libre cuando Coney masculló:

—No sé de dónde has sacado esa idea. Todo está sujeto con alfileres. No tienes ninguna prueba.

—Es que hay un segundo dato —murmuré—, y en ese segundo dato también está metida Stella Barness hasta las orejas.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero al secuestro y muerte de aquella niña, aunque la familia pagó un fantástico rescate. Fue uno de los actos más puercos y miserables que se recuerdan en la historia del hampa de Nueva York, y eso que el hampa de nuestra bonita ciudad es de las más abyectas que existen. Pero una cosa como aquélla, pocas veces ocurre. Ahora estaba pensando en la familia de la niña muerta. ¿Sabes quiénes eran?

—No me acuerdo. ¿Qué me importa?

—Eran los Jewil. Y si no te falla la memoria, puedes recordar que los Jewil habían estado aliados con los Plicard con muchos asuntos. Unos de esos asuntos estaban claros como el agua; otros no tanto. Pero las dos familias formaban un gran conjunto, una tremenda fuerza. Imagina que alguien quiso deshacerlas para meterse en su territorio.

—Me lo estoy imaginando —dijo Coney—. Eso entra de lleno en los métodos de los *gangs*, sobre todo cuando se manejan docenas de millones. Sigue.

—Los Plicard no habían hecho caso del primer aviso —dijo, volviendo a tomar el hilo de mis pensamientos—, y entonces alguien decidió asestar el segundo golpe contra sus aliados, los Jewil. Se trataba de someterlos a costa de lo que fuese, y el procedimiento empleado esta vez fue de lo más rastrero y bajo. Nuevamente el peón sangriento de Stella Barness se movió, pero ahora fue para asesinar vilmente a una niña. A partir de ese momento, no sé si lo recuerdas, los Plicard y los Jewil casi desaparecieron de la circulación. Sin duda se sometieron a los dictados de quien los había zarandeado tan salvajemente.

—¿Y quién puede ser? —musitó Coney.

—¿Cómo voy a saberlo? Un simple oficial de la Policía Metropolitana, no ve más allá, de lo que tiene encima de su mesa, pero a veces también puede pensar.

Y yo pienso que Stella Barness es un peón de la máxima importancia para alguien. Por eso han tenido tanto interés en liberarla.

—¿Pretendes sugerir que los hombres que han hecho la masacre del aeropuerto Kennedy, también están a sueldo de alguien?

—Claro que sí —dije—. Estaban tan bien organizados, que no hay duda de que habían actuado bajo protección, Y el hecho de que las joyas robadas constituyan una gran parte de la fortuna personal del emir de Karawatt, tampoco me parece casual.

—Quizá estás llegando demasiado lejos —murmuró Coney—. Me cuesta creerte.

—Cuando más de cien personas han muerto salvajemente achicharradas en un avión, cualquier cosa puede creerse —dije—. Y lo primero que uno piensa es que no se trata de algo casual, sino de un golpe de mucha altura. Supongamos que hacen una oferta al emir de Karawatt para devolverle sus joyas.

—¿Una oferta a cambio de qué?

—Oh, de muy poca cosa... —dije con indiferencia—. Por ejemplo, que rompa sus compromisos de suministro de petróleo con la Standar Oil, la Esso, la Texaco, la Gulf... Con todas las compañías que a ti te dé la gana, y que normalmente se surten de crudo en esa zona, de Oriente Medio. Supongamos que debe firmar un contrato de exclusiva con la otra compañía oscura y casi desconocida, que quizá se constituyó hace un par de meses en previsión de todo esto. Y supongamos que en Karawatt aceptan. ¿Qué va a pasar?

Coney palideció.

Acostumbrado a su simple sueldo de policía, aquella danza de millones que ahora flotaba en su cerebro llegaba a marearle.

—Significaría —dijo—, que esa compañía, ganaría tanto dinero que en un par de años se convertiría en la más importante del país. Ríete tú de los negocios de la droga y los negocios del Sindicato del Crimen o de la Mafia.

Apreté los puños. Una serie de imágenes desfilaban vertiginosamente por mi cerebro, pero no me impedían pensar. Con voz metálica dije:

—Y todo mediante un procedimiento tan sencillo como es un robo de joyas, aunque para eso haya que producir una catástrofe —dije—. Por lo tanto, mi pensamiento se resume en unas cuantas

ideas básicas. Primera: alguien que posee una organización delictiva pequeña, pero selecta, decidió apoderarse de los negocios de los Plicard y de los Jewil. Segundo: para eso actuó sin escrúpulos, utilizando a la sanguinaria Stella Barness, hasta conseguir sus propósitos. Tercero: conseguido esto, ha preparado el golpe criminal más importante de la historia de nuestro país. Cuarto: Una de las condiciones exigidas ha sido la liberación de Stella Barness porque es una pieza tan valiosa que cree va a volver a necesitarla.

Noté que Coney se estremecía. Y eso que Coney era un tipo que no temblaba ante nada, pues hasta una vez que leyó su propia esquela en el periódico (pagada por un bromista), lo único que dijo fue que en la edad le habían puesto dos años de más, y que algún hijo de gorra se la iba a cargar por ese detalle.

—Muchacho —dijo—, todo eso significa que si cazamos a Stella Barness y a sus amigos, no sólo atrapamos a los que han hecho esa matanza en *el Kennedy Airport*. También damos con algo mucho más importante, algo que puede cambiar en cierto modo la historia del país, ¿no es eso?

Dije que sí, con la cabeza.

Y lo hice con la cabeza porque de momento no pude hablar.

El taxi había estado a punto de atropellar a una mujer tan fenomenal que por un momento me pareció Stella Barness.

Y utilicé la poca voz que me quedaba no en contestar a Coney sino en decir:

—Tía estupenda...

CAPÍTULO X

Estábamos llegando al aeroclub cercano a Newark, donde según Coney tenían alquilado un hangar los propietarios de los «Curtiss». A mi amigo debían conocerle allí, porque le saludaron con respeto y lo dejaron pasar. Por las miradas que le dirigieron, comprendí que Coney había repartido por allí más de un guantazo a más de un indeseable.

—Dejemos el coche aquí y sigamos a pie —dijo—. El hangar donde se guardan los «Curtiss» está al extremo del aeroclub.

En efecto, ordenamos al taxista que parara y se largase con viento fresco. Luego avanzamos por entre las enormes hileras de coches estacionados, propiedad de los socios del club que estaban en el bar, o bien recibiendo clases teóricas de vuelo o picando en el espacio con sus avionetas último modelo.

Ya pueden imaginarse que dentro de pocos años, el título de piloto será tan normal y tan necesario como el permiso de conducir. Muchos empresarios ya no van de una ciudad a otra en tren, coche o avión, sino en avioneta privada. La red de aeroclubs, en los Estados Unidos, es ya tan importante como su red de restaurantes o de casas de juego. Por eso aquello estaba abarrotado. Las dos pistas del pequeño aeródromo eran un continuo entrar y salir.

Entre los coches estacionados no se nos veía, de modo que llegamos a poca distancia del hangar de los «Curtiss». Una vez allí nos detuvimos porque había que atravesar una zona vacía que podía resultar muy peligrosa.

Si nos veían, estábamos perdidos.

Yo tenía motivos para suponer que las metralletas con silenciador nos partirían la boca.

—¿Tú crees que estarán ahí? —preguntó Coney.

—Existen grandes posibilidades de que hayan venido a este lugar —dije—, porque de ese modo el vuelo de la avioneta habrá

parecido perfectamente normal. Desde aquí, Stella Barnes desaparecerá y lo más fácil es que ya no vuelva a saberse de ella hasta que cometa un nuevo crimen.

Callé, porque en aquel instante se acercaba un pesado camión de combustible que circulaba a poca velocidad por la calzada y pasaría casi rozando el hangar, para dirigirse a unos grandes depósitos que había muy al fondo. Calculé que, si nos situábamos detrás de aquel camión cisterna, llegaríamos hasta el hangar sin que nos viesan. Era una buena oportunidad, de modo que decidí aprovecharla.

Hice una seña a Coney.

Saltamos los dos a la vez.

Durante bastantes yardas corrimos al amparo del camión cisterna, sin que el conductor nos viera por el retrovisor y sin que desde el hangar se enteraran de que avanzábamos hacia allí. Todo el paisaje cambiaba a partir del sector en que nosotros nos lanzamos a la carrera, pues allí se iniciaba una gran, zona desierta. No había pistas de aterrizaje o despegue, sino anchas carreteras por dónde normalmente debían circular muchos camiones. Aquella era la parte comercial, la de los hangares alquilados. A aquella hora no se advertía por allí el menor movimiento.

Era un mal sitio para una emboscada.

Estábamos tan lejos del aeroclub propiamente dicho, que resultaría muy difícil que alguien se enterara de lo que estaba ocurriendo.

Por eso confié en que no nos verían.

Pero me equivoqué.

La ráfaga de metralletas llegó tan silenciosa como las que me habían saludado en el gasómetro. Nos habían estado apuntando todo aquel rato, y tiraron a dar. Si no nos cazaron a los dos como a chinches fue porque el tirador tenía muy mal ángulo, ya que estábamos casi totalmente tapados por el camión cisterna.

Aun así una bala me atravesó la pernera derecha del pantalón. A Coney le voló su anticuado sombrero de ala ancha, su armatoste de policía de los años 30.

No nos arrojamos al suelo porque eso hubiera sido un error terrible. Teníamos que seguir corriendo, ya que el camión cisterna era nuestra única protección contra el plomo. De todos modos sacamos nuestras armas y nos dispusimos a responder.

El conductor se dio cuenta de que algo extraño ocurría, y frenó haciendo un zigzag: Saltó de la cabina, mientras gritaba:

—¿Qué pasa?

Fue su última pregunta. Una de las silenciosas balas que estaban zumbando por allí como abejorros enfurecidos, le partió la mandíbula. Vi que el hombre caía entre las ruedas de su propio camión sin que un par de millas más allá, en el ajeteo de las pistas del aeroclub, nadie se enterase de nada.

Yo me pegué a un lado de la enorme cuba.

Sabía que aquello era muy peligroso.

Una ráfaga que la hiciera estallar me convertiría, a mí, en un bonzo quemado vivo. Pero no tenía otra posibilidad de cazar al tirador.

Porque era uno solo.

De pronto, lo vi.

Disparaba desde un costado del hangar y su máquina me pareció algo anticuada, pero terriblemente eficaz. Era una «Schneider» que terminaba en un gran tubo parecido al de un lanzallamas. Aquello era el silenciador. El fulano que estaba tras aquella máquina había visto a Coney y quería cazarlo costase lo que costase.

Yo moví mi calibre especial.

Una bala.

Dos...

Hubo bastante. El de la metralleta dio un terrible salto y se estrelló contra la pared, mientras resbalaba. Las dos detonaciones produjeron bastante ruido, pero como había tantos aviones zumbando en el cielo, nadie se enteró.

Hice una seña a Coney.

El camino estaba libre.

Como en nuestros buenos tiempos de la Brigada de Homicidios, avanzamos los dos a la vez. Las puertas del hangar estaban abiertas, llevábamos las armas preparadas porque estábamos seguros de que de allí en adelante, volverían a cortarnos el paso.

Pero el interior del hangar no podía aparecer más tranquilo ante nuestros ojos. Los tres aparatos «Curtiss» estaban allí, uno delante y dos detrás. No se apreciaba en ellos el menor movimiento.

Coney susurró:

—De modo que era cierto... Han venido aquí...

Nos dispusimos a entrar.

Allí podía estar la solución de todo.

Pero cuando íbamos a hacerlo, las cosas se complicaron de nuevo para nosotros.

Y fue por el lado más inesperado del mundo.

CAPÍTULO XI

Antes de entrar del todo en el hangar volví ligeramente la cabeza. Me parecía haber oído un ruido a mi espalda.

Y, efectivamente, así era. Nada menos que un coche patrullero con cinco policías, se acercaba a gran velocidad. No hacían sonar sus sirenas, pero eso poco importaba. Estaba claro que venía a por nosotros.

—Alguna avioneta nos ha visto mientras hacíamos fuego. — Gruñí—, y ha dado aviso por radio a la torre de control. ¡Nuestros propios excompañeros vienen a por nosotros!

Nos lo iban a fastidiar todo.

No teníamos la menor excusa legal para estar allí, ni para actuar como lo estábamos haciendo.

Eso, si no nos acribillan antes de preguntar nuestros nombres.

Cinco policías bajaron del coche, a la vez. La situación era terrible para nosotros, porque no podíamos hacer fuego contra ellos. Bruscamente lo vi todo perdido; no había la menor esperanza.

Y de pronto... ¡todo cambió!

¡Fue algo que jamás hubiese esperado! ¡Pareció una escena de la Gran Guerra, pero resultó terriblemente dramática y sangrienta...!

En el «Curtiss», aquel viejo y eficaz aparato situado en primer lugar, había alguien. De pronto el piloto, que había estado agazapado, se levantó. Las dos ametralladoras situadas en las alas abrieron un fuego mortífero.

Sin duda aquel aparato estaba preparado para la escena de alguna película, pues los viejos aviones se alquilan con frecuencia para esos fines. Pero las ametralladoras estaban en perfecto uso. Las balas no eran de broma. Enviaron contra el coche de la policía una mortífera nube de plomo.

El patrullero pareció estallar.

Se convirtió, de pronto, en una bola de fuego.

Por fortuna para los cinco policías, todos hablan salido ya y no fueron alcanzados de lleno, pero a algunos se les incendiaron las ropas y tuvieron que apagarlas a manotazos mientras lanzaban salvajes imprecaciones. De todos modos, la función no había hecho más que empezar.

Entonces nos dimos cuenta de algo que nos pareció increíble. El avión situado en primer lugar no tenía calzos en las ruedas; por lo tanto podía avanzar perfectamente hacia la salida del hangar. Mientras mirábamos a los policías, y durante unos segundos en que las ametralladoras dejaron de crepitar, alguien había dado un par de vueltas a la hélice.

Por lo tanto el motor se puso a funcionar. El «Curtiss» avanzó poco a poco hacia la salida del hangar.

¡Y las ametralladoras volvieron a funcionar!

¡Enviaron una nube de plomo contra los policías que huían!

Los vi caer en todas direcciones, materialmente cosidos a balazos, mientras mi boca se secaba. Creo que nunca había sido testigo de una cacería así. Los cinco policías, corriendo como locos por la carretera, fueron alcanzados por la espalda y llenaron el cemento de Sangre mientras el avión ganaba velocidad.

Coney también estaba aturdido. Bastante más que yo por cierto.

Barbotó:

—¿Qué pasa? ¿Qué locura es ésta?

—Muy sencillo. —Pude decir—. Los policías venían a por nosotros, pero esos hijos de zorra han pensado que venían a por ellos. Por eso los eliminan. Y ahora el asesino que está en los mandos del aparato se largará... ¡nunca podremos dar con él!

Mis dientes chirriaron de rabia.

Tenía motivos más que sobrados para intentar cazar a aquel buitre. Lo había reconocido al pasar el avión a mi lado, y sabía que era uno de los que estaban en el *jeep Era*, por lo tanto, uno de los salvajes asesinos de aquella mañana.

Bruscamente me olvidé de todo. Era una locura lo que iba a hacer, y además una ingenuidad, porque no conseguiría frenar el aparato. Pero lo intenté. Saltó como una fiera sobre la larga cuerda de nylon que estaba a un lado del hangar.

A sus extremos había dos ganchos. Servía para sujetar a los aviones en caso necesario, una vez se habían posado en tierra. Corrí

con ella frenéticamente detrás del «Curtiss» que ya iba ganando velocidad por la carretera convertida para él en una aceptable pista de despegue.

¡Lancé la cuerda!

¡En mi vida había hecho algo con tanta fuerza y tantán desesperación!

El gancho quedó fijado en la pequeña rueda trasera, y el nylon salió disparado mientras yo corría sin soltar el otro extremo. Cuando salí del hangar, estaba como enloquecido. Pasé junto a los muertos y febrilmente fijé el otro gancho, al extremo opuesto de la cuerda, en uno de los parachoques del camión cisterna.

Todo fue cuestión de unos segundos.

Unos segundos salvajes que nunca olvidaré.

La cuerda se tensó con una velocidad fulminante, mientras el piloto del «Curtiss», tiraba del timón hacia arriba, para despegar. Yo comprendí que tal vez conseguiría hacerlo si se rompía la rueda trasera.

Pero la rueda trasera resistió, por desgracia para el piloto. El avión, al tensarse completamente la cuerda, sufrió una sacudida, y ya no pudo remontar el vuelo. Lo que hizo fue elevarse, pero... ¡pero de un modo casi completamente vertical! ¡Y después volvió hacia atrás en vuelo invertido, como si quisiera trazar una circunferencia!

Yo tuve que cerrar los ojos.

Comprendí lo que iba a suceder. Guiado por la cuerda de nylon, el aparato se dirigía inapelablemente hacia el camión cisterna. Tuve tal sensación de muerte, que creo que lancé un grito antes de que aquello ocurriera del todo.

De pronto la explosión me ensordecíó.

Fue como para volverse loco.

El camión cisterna y el avión estallaron a la vez. La bola de fuego debió verse desde el otro lado de la bahía. La gasolina ardiendo se extendió de tal modo por todos los caminos que comprendí que nadie podría llegar hasta allí en largos minutos. Caney y yo estábamos aislados para todo lo que pudiera ocurrir, para la vida y para la muerte. Nadie nos ayudaría.

Y aún tenían que quedar en el hangar dos de los ásenos, junto con Stella Barness. Porque yo estaba seguro de que la cuadrilla

entera se encontraba allí. El aeroclub era un sitio espléndido para encontrarse, y luego poder huir sin dejar rastro. Mucha gente, muchos aviones de todas clases y que no estaban sometidos a control, muchas posibilidades de largarse a cualquier sitio de los Estados Unidos o incluso al Canadá. Resultaba difícil encontrar un sitio más perfecto.

Miré los dos aviones situados más al fondo, sabiendo que mis enemigos me vigilaban desde allí. Hice una seña a Coney.

Y nos lanzamos uno por cada lado.

Segundos después, había tenido motivos para la mentarlo.

CAPÍTULO XII

Desde detrás de los otros dos aviones, nos enviaron una rociada de plomo. Coney lanzó un gruñido mientras se pegaba a la pared. Comprendí que le habían dado en un brazo. Por mi parte, sólo hubo una cosa que me salvó. Al caer una tabla casi encima de mí recibió la bala que hubiera debido atravesarme la cabeza.

Puesto que no podía contar con Coney, que debía estar estremecido de dolor, me lancé yo hacia los dos aparatos. Fue en aquel momento cuando me di cuenta de que uno de los dos iba a intentar escapar.

Sólo la plaza del pilote iba ocupada. Y yo casi juraría que también aquel tipo era uno de los de la matanza del Kennedy.

Pero para eso haría falta que alguien moviese la hélice, ya que los viejos «Curtiss» tenían esa servidumbre. El motor no arrancaba solo. Vi entonces salir de detrás del fuselaje a una especie de gorila, un tipo de al menos ciento veinte kilos de peso, que iba enfundado en un mono de mecánico demasiado estrecho para él. Para deshacerse del estorbo que yo significaba, me envió tranquilamente un pildorazo. Una granada vino hacia mí.

Yo adiviné instantáneamente que no podía ser una granada explosiva como las otras. Hubiera estropeado los dos aviones y ellos no podían correr ese riesgo.

Por fuerza se trataba de una granada de gas.

Pero los efectos iban a ser los mismos, porque en cuando yo hubiera inhalado aquel gas, quedando quieto, me liquidarían. Por tanto apunté y disparé con una fulminante rapidez, mientras sentía que la desesperación me contraía la garganta.

Si fallaba, estaba listo.

Pero pude deshacer la granada cuando todavía estaba en el aire, antes de que estallase en una nube de gas. Se deshizo en una especie de polvo estéril que no me causó el menor daño, pero

mientras tanto, el gorila ya había conseguido hacer girar la hélice del segundo «Curtiss», cuyo motor se había puesto en marcha.

Otro de los asesinos iba a huir.

¡Y yo rió podría impedirlo!

El gorila, rabioso al no haber podido acabar conmigo, intentó rematar su trabajo. Vino hacia mí empuñando un cuchillo más largo que una bayoneta. Como yo estaba tendido en el suelo, tenía todas las probabilidades de atravesarme de parte a parte.

No podía rechazarle con los brazos.

Por otra parte, en mi calibre especial ya no quedaban balas.

Pero aún podía usar mis piernas.

Y las usé.

Vaya si lo hice...

Antes de que el individuo llegara con la bayoneta a mi vientre, llegué yo al suyo con mis piernas. A pesar de su volumen, lo envié por los aires. Tampoco soy un peso ligero y sé atizar bien, de modo que aquel gorila se convirtió, durante algunos segundos, en alumno de una escuela de vuelos sin motor. Normalmente hubiera podido caer unas yardas más allá sin que le ocurriera nada especial, pero tenía detrás de su cabeza un obstáculo con el que no contaba.

La hélice.

La hélice ya giraba furiosamente, con el «Curtiss» ya en marcha, razón por la cual estaba mucho más cerca del gorila que lo que el gorila había calculado. Su cabeza se cruzó en el camino de las aspas. La vi volatizarse, la vi convertirse, de pronto, en algo que ya no existía.

Pero hubo algo peor para el fugitivo: La hélice sufrió un desajuste y perdió ritmo, al girar. En esas condiciones el aparato no podía aspirar a despegarse del suelo.

Oí un grito de rabia, y el piloto quiso saltar hacia mí. Yo no tenía balas en el cilindro, lo cual era un factor muy importante para él. Pero tenía el machete del muerto, lo cual era un factor importante para mí.

Lo lancé.

No sé si alguna vez me he movido con tanta agilidad y con tanta rabia. Pero aquella especie de bayoneta era fácil de lanzar a causa de su longitud y de su peso, por lo que conseguí hundirla casi hasta el fondo en el corazón de mi enemigo. Éste ni siquiera gritó.

Me di cuenta de que las cosas habían cambiado mucho en pocos segundos, mientras en el exterior los caminos seguían convertidos en un infierno, por lo que nadie podría ayudarme aún. Pero de los asesinos de aquella mañana sólo quedaba uno con vida; aparte de la condenada. Stella Barness. Aun confiando en mis solas fuerzas, era posible que acabara con los dos.

Bordeé uno de los aviones para mirar hacia el fondo del hangar. Tenía que encontrarlos...

¡Tenían que estar allí!

Y estaban.

Alguien se había situado a mi espalda. Alguien que me clavó el cañón de una pistola en la espalda mientras una voz silbante, como la que hubiera podido tener una serpiente, decía, con una enervante lentitud:

—Avanza cinco pasos, perro. Los cinco pasos que me separan de la muerte...

CAPÍTULO XIII

Cinco pasos. Sí... Yo sabía lo que significaba aquello. Cinco pasos me separaban de las dos personas que estaban al fondo del hangar.

Sabía que las veía por última vez.

El hombre que estaba a mi espalda era el único de los asesinos que quedaba con vida; de eso estoy seguro. Pero él no me preocupaba. Llegué a olvidarme de su presencia a pesar de saber que allí estaba la muerte. Porque aquellas dos personas que estaban a cinco pasos, me obsesionaban.

Me dejaban sin aliento.

Porque una de ellas era Stella Barnes.

No debía extrañarme.

Era normal que estuviese allí.

Pero no todos.

Pero la otra persona bastaba para enloquecerme con su sola presencia. Jamás hubiera podido imaginar aquella sucia verdad. Jamás hubiera creído llegar a ver junto a la asesina... al consejero especial del Departamento de Justicia, al honorable Edwin J. Patterson.

Él no podía verme, porque Edwin J. Patterson era Ciego. Y era ciego de verdad. Aquello debía ser, sin duda, la única y cochina verdad de su vida.

Preguntó, con voz espesa:

—¿Ya lo traes, Donald? ¿Viene hacia aquí...?

Fue Stella Barnes la que dijo suavemente:

—Sí, viene hacia aquí. Lo han apresado al fin. Ese lobo rabioso está apenas a tres pasos de nosotros.

Edwin J. Patterson apretó los puños convulsivamente mientras rugía:

—¡Pues entonces dispara de una vez, Donald! ¡Dispara! ¡Reviéntalo!

Donald fue a apretar el gatillo.

Lo noté con esa especie de sexto sentido que tenemos los que siempre hemos tratado con la muerte.

Y yo no podía hacer nada.

Ni siquiera Coney podía ayudarme, porque Coney Se encontraba algo lejos de allí, doblado de dolor.

Stella Barness susurró:

—¿Vas a hacerle morir así? ¿Vas a hacer que reviente, Sin que sepa al menos por qué?

—¡No podemos perder tiempo! —masculó Edwin nerviosamente —. ¡Ya debe haber imaginado que te utilicé para dominar a los Plicard y a los Jewil, cuyos negocios me interesaban! ¡Y si no lo imagina, peor para él! ¡Ya debe haber comprendido igualmente que te he sacado de la cárcel porque me interesas! ¡Las negociaciones para conseguir en exclusiva el petróleo de Karawatt pueden ser largas y requerir más de un muerto! ¡En ese caso tú volverás a actuar!^[1]

Mis dientes chirriaron.

Parece mentira, pero me consolaba de mi propia muerte el saber que había averiguado la verdad. Quizá, en el fondo, soy un poco idiota, porque ninguna persona inteligente se consuela con eso. Pero resultaba que todo lo que había hablado con Coney era cierto. El jefe, el que estaba detrás de aquella siniestra organización era Edwin J. Patterson. Por eso ella le había pedido ayuda en el momento preciso.

La preciosa tigresa me miró burlonamente.

Se estaba riendo de mí.

Para ella iba a ser un espectáculo mi muerte. El más divertido espectáculo del mundo.

Con un gesto lleno de picardía, cargado de gracia felina, musitó:

—¿Por qué no acaricias mi cara, Edwin? ¿Por qué no me tocas, mientras le matan? Quiero ayudarte a verlo... Quiero que notes mi risa...

Hice un gesto de asco.

Todo aquello me producía una violenta náusea.

Pero más náusea me produjo el gesto ansioso de aquel maldito,

al llevar las manos a la cara de la preciosa hembra. Adiviné enseguida que entre ellos había algo más que una simple relación de dinero y de muerte. Los dedos trémulos recorrieron las facciones de la muchacha. En la cara viscosa del consejero se dibujó una mueca de placer.

¿Placer?

¿Era placer aquello?

¿O asombro?

¿Qué pasaba con aquellos dedos?

¿Es que acaso no reconocían la cara...?

CAPÍTULO XIV

Todo el asombro que había sentido desde que empezó aquella condenada serie de muertes se centuplicó ahora. De pronto, no supe qué pensar. Tuve la sensación de que me volvería loco. Durante algunos segundos no entendí nada. Ninguna idea ligó.

Y, sin embargo, estaba claro.

La misma cara de asombro de Edwin J. Patterson me lo decía.

La mujer a la que ahora tocaba... ¡No era la misma que él trató en otro tiempo! ¡Desde la cárcel le habían enviado a otra!

Lanzó un chillido rabioso.

Me di cuenta, entonces, de que la expresión de Stella Barnes (o como se llamara, pues ahora de nada podía estar seguro) había cambiado. Ahora no existía la menor coquetería en ella. Ahora era serena y, al mismo tiempo, implacable. Su mano izquierda, que hasta entonces había estado oculta, disparó con una pequeña «Smith & Wesson» contra la cabeza del hombre que estaba a mi espalda. No le dejó tiempo ni para apretar el gatillo, con un movimiento reflejo. Si llega a tallar en una centésima de pulgada me cuesta la vida, pero no falló.

Ni siquiera me di cuenta de que el último de los asesinos acababa de caer para siempre a mi espalda.

Estaba tan asombrado que lo veía todo como en una especie de neblina. Pese a todo lo bicho que soy, ahora me había convertido en una especie de paloma a la que despluman lentamente. Me pareció oír como en sueños aquel grito de horror del exjuez mientras se levantaba para salir a toda la velocidad que sus piernas le permitían. En su mente no debía existir ahora más que una terrible obsesión. Huir... Huir... ¡HUIR! ¡Estaba perdido!

La mujer pudo haberlo matado, pero no lo hizo. En parte, debía necesitar su declaración. En parte, le dio asco disparar contra un ciego. Pero yo me di cuenta de algo peor, me di cuenta de que aquel

buitre volaba hacia su propia muerte.

¡No podía ver las llamas que cerraban la salida!

¡E iba en línea recta hacia ellas!

—¡No lo haga! —grité—. ¡Cuidado, Patterson, maldito! ¡No lo haga...!

Pero Patterson pensó que era una trampa. Imaginó que quería detenerle y aún corrió con más ansia. Coney tal vez hubiera podido cerrarle el paso, pero estaba herido y se movía con dificultad. De modo que tuvo que limitarse a gritar:

—¡No lo haga! ¡Atrás...!

Ya era demasiado tarde.

El fugitivo ya estaba materialmente entre las llamas que, en cierto modo, había provocado él mismo.

Oímos su terrible grito de dolor.

Su inhumano alarido de muerte.

Yo me sentía sin fuerzas. Me sentía destrozado por todo lo que acababa de suceder, y creo que a la muchacha le ocurría lo mismo. No miramos hacia la figura llameante que era envuelta por el fuego, más y más. Nos miramos a la cara. Al menos la cara de aquella chica era la única cosa bonita que yo podía ver en muchas millas a la redonda.

Musité:

—¿Cómo fue posible...?

—La verdadera Stella Barness —dijo ella sencillamente—, murió a manos de la policía, pero guardamos el secreto. Yo, un agente especial del FBI, me dejé detener como si fuese aquella bruja. No corría ningún peligro, porque el único que me conocía era Edwin J. Patterson, y él necesitaba tocarme, para saber que era yo. Evitando eso, podía aparecer ante todos como la verdadera asesina. Me hicieron centenares de fotografías de todas clases y mi imagen recorrió el país. Si alguien me describió ante Edwin, éste no debió sospechar, porque mi aspecto general coincidía bastante con la Stella Barness que él había tratado. Así fui a la cárcel para toda la vida, pero sabiendo que algún día me ayudarían a escapar. Mi sacrificio para ayudar a la ley no me parecía demasiado penoso. Pero no creí que saliera tan pronto.

—Si sabíais que el exjuez era culpable —murmuré—, ¿por qué no le detuvisteis enseguida? ¿Por qué ese sacrificio?

—Porque no teníamos pruebas. Sólo sospechas más o menos ciertas Stella Barness no había podido hablar antes de morir. No existía nada que acusara a ese hombre fuera de nuestra propia convicción. Por eso contaba en salir un día y, cuando él y su banda confiaran más en mí, cazarlos a todos. Lo que siento es que no haya podido prever... la matanza de hoy. Ha sido demasiado terrible para no lamentarlo siempre. Aunque tú, ¿cómo no le has imaginado?

—Debí barruntar algo cuando no me acertaste en el gasómetro —dije—. Con una «Browning» como la que tú llevabas no se falla tan fácilmente, hermana. Pero *no* se me ocurrió. No pensé que te estabas dejando llevar hasta poder reunir a toda la banda.

Ella asintió.

Por fin había una estrecha sonrisa en sus labios.

Por fin eran los que yo besé horas antes.

Gordezuelos, ansiosos, llenos de vida...

Endiabladamente jóvenes.

—Tienes que perdonarme por los golpes que te di —dije, con voz ahogada—. Yo no podía imaginar de ningún modo que...

—Si pensaba que era la auténtica Stella Barness, no podías hacer otra cosa. Y ahora salgamos lo antes posible de aquí. Salgamos los dos juntos, porque me parece que ni tú ni yo nos vamos a querer separar en mucho tiempo. Pero no soporto ya esto, ¿sabes? No puedo más...

Era lógico que no pudiera más Y encima corríamos peligro, porque el hangar podía estallar de un momento a otro. Salimos por un borde que aún estaba libre de llamas y ayudamos a salir, también, al ensangrentado Coney.

Éste musitó:

—Oye, mal bicho.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Qué mosca te ha picado?

—Algo me dice que vas a acabar mal con esa chica, Quiero decir que a lo peor te casas. Por lo tanto haréis algún viajecito y necesitaréis la dirección de algún hotel...

—¿A qué viene eso, ahora?

Coney se mordió el labio inferior.

—Verás... —dijo—. Es que además, fuera de horas, «protejo» algunos hoteles en la costa. Precios módicos Posibilidades de pago a

plazos. Centralita telefónica, Discreción garantizada. Numerosos empleados. Servicio selecto.

—Oye... —barboté—. ¿Es que me estás haciendo la propaganda de la Agencia La Confianza?

—En eso pensaba —dijo—. Pienso explotar mi oficina como hotel. Al fin y al cabo es espaciosa y está situada en un lugar estupendo, ¿no te parece?

No le contesté.

¿Qué iba a decirle?

Sólo podía contestarle de una manera, y ya no quedaban balas en mi revólver. Era una lástima.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIAJAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Semejante «operación comercial» no es, en estos momentos, un negocio cualquiera. Los países árabes están restringiendo las ventas de petróleo a los occidentales, en especial Estados Unidos, para forzar a éstos a que dejen de apoyar a Israel. Los contratos de las grandes compañías se ven amenazados, y el precio del oro negro está subiendo vertiginosamente. Hace poco se estableció una especie de racionamiento en los Estados Unidos, y el propio presidente Nixon sugirió que se disminuyese la velocidad en las carreteras, a fin de consumir menos gasolina. Aunque la situación se ha estabilizado, no por eso deja de ser alarmante. (N. del E.). < <